Tejada.

POESIA

Ex Libris

Russell Perry Sebold III

FL ARPS FA/0548
0500767726

Al distinguido arquitecto Don Andr.
Hernandez Callejo, su buen amigo

Patricio Aguirre
de Tejada

POESÍAS.

50
1.500

POESÍAS

DE

D. PATRICIO AGUIRRE DE TEJADA.

MADRID
IMPRENTA DE T. FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1872

Á

LA EXCMA. SEÑORA

DOÑA FERNANDA VILLAROEL Y GOICOLEA

Marquesa de San Saturnino, Vizcondesa de la Frontera

EN PRUEBA DE FRATERNAL AFECTO.

LA PRIMERA PAGINA.

Musa gentil, tesoro de hermosura,
Tú de mi corazon querida hermana,
A mis ojos más cándida y más pura
Que el astro precursor de la mañana:
Ven junto á mí, y emblema de ternura
La cifra de tu nombre, soberana,
Pueda llenar ¡oh dulce compañera!
De este libro la página primera.
No en verde márgen de sereno lago,
Surgió dulce vision encantadora,
Cual la ilusion que á tu feliz halago
El alma y los sentidos enamora;
Si con firmeza tus favores pago,
Es que tenaz mi corazon te adora,

Y sólo quien se precia de constante
Puede ser fino y verdadero amante.
¿Quién eres? no lo sé; nunca tu acento
Mis oidos absortos escucharon;
Los blandos ayes de tu dulce aliento
Nunca con mis suspiros se cruzaron;
Tu purísimo y noble pensamiento
Jamás mis pensamientos encontraron,
Mas por do quier mi espíritu lo siente
Flotar como la luz en el ambiente.
Castísima y honesta cual ninguna,
Tu amistad y tu fé son mi alegría;
Fué mi dicha mayor y mi fortuna
Siempre andar en tu dulce compañía;
Amable, cariñosa y oportuna,
La virtud de tu pecho fué mi guía;
Que si tan bella la virtud no fuera,
Hermosa por ser tuya la creyera.
No acierto dónde, ni recuerdo cuándo,
Tu fraternal amor me prestó abrigo;
Sólo sé que los años van pasando,
Pero tú quedas sin cesar conmigo;
Cuando callo, contigo estoy hablando,
Y cuando solo estoy, estoy contigo;
Pues milagros haciendo mi deseo,
Sin ver te miro, y sin mirar te veo.
Hombre al fin, hecho de miseria y lodo,
Tu grandeza infinita me anonada;
Comparándote á mí, tú lo eres todo,
Comparándome á tí, yo no soy nada;

De cualquier forma, por distinto modo,
Entre los dos existe, prenda amada,
Más distancia que miden en su vuelo
Los carros de la noche por el cielo.
En tí reside el bien; cándida y buena,
Jamás á vil pasion distes asilo;
Libre y exento de traidora pena,
Late feliz tu corazon tranquilo;
En tu sien reverdece la azucena
Que vió cortado de su vida el hilo,
Y brota en pos de tus divinas huellas
El fulgor inmortal de las estrellas.
¡Oh! no me dejes nunca, no abandones
A quien en tí su bien fija y alcanza;
Si han de morir tal vez las ilusiones,
Que no se acabe nunca la esperanza;
Colmándote de santas bendiciones
En pos de tí la inspiracion me lanza,
Y brota luégo con riqueza suma
Al rozarla tus alas con su pluma.
Cuanto sepa guardar mi pecho ufano
De profundo y amante sentimiento;
Cuanto pueda soñar delirio vano;
Cuanto logre abarcar mi entendimiento,
Si tú lo admites con semblante humano,
Me llenarán de dicha y de contento;
Que á tí te deberé, musa querida,
Los instantes más bellos de mi vida.
Y vosotros, sensibles corazones,
Que al mal haciendo generoso espanto,

Ansiosos de sublimes emociones
De la rima buscais el tierno encanto,
No temais escuchar en mis canciones
Nada que ofenda vuestro celo santo;
Que yo, siempre, á la dulce poesía
La respeté como á la madre mia.
Nunca del vicio los alardes feos
Mancharán de mis versos la pureza;
En palabras, acciones y deseos,
Será el pudor mi timbre de nobleza;
Que de la gaya ciencia los trofeos,
Radiantes de verdad y de limpieza,
Nunca deben de vírgen inocente
En rubor encender la blanca frente.
Leed, y si despues de haber leido
Algun placer en vuestro pecho queda;
Algo que, noble, puro y desprendido,
Alzar el vuelo de la mente pueda,
No verde lauro en galardon os pido,
No aplauso quiero, que justicia veda;
Si prez y gloria mi ambicion rehusa,
Gloria y prez sean de mi dulce musa.

SERENATA.

Te quiero más que al aura
Quieren las flores,
Más que á la selva oscura
Los ruiseñores;
Más que á la rosa,
En cuyo seno vive
La mariposa.
Más que el sol á la aurora,
Y al mar el rio,
Que á las nevadas cumbres
El cierzo frio;
Más que la hiedra
Al carcomido muro
De negra piedra.
¿Y sabes por qué tanto,
Niña, te adoro?

Porque eres de inocencia
Rico tesoro;
Porque tu alma
Del candor guarda oculta
La dulce calma;
Porque cuando á tus solas
Sueñas amores,
Tus mejillas empañan
Rojos colores;
Porque amar sabes
Con más pureza, niña,
Que aman las aves.
Porque un corazon tienes,
Gacela mia,
Que del amor comprende
La poesía;
Sensible y bueno,
Y al par, como tu rostro,
De gracias lleno.
Ya sabes, dulce prenda,
Por qué te adoro,
Por qué en tí de ilusiones
Miro un tesoro;
Por qué te quiero,
Por qué en tus bellos ojos
De amor me muero.
Tú eres la sensitiva
De mis amores;
Por eso te amo, niña,

Más que á las flores
Quiere el rocío,
Más que el sol á la aurora,
Y al mar el rio.

EL INVIERNO.

Es el invierno: con fragor terrible
Fiero aquilon entre los montes zumba,
Y sus ecos penetran en el alma
Como gemidos de dolor y angustia.
Ya las postreras brisas del otoño
Las ramas de los árboles desnudas
Dejaron de sus hojas, que ántes fueran
Gala y adorno de la selva oscura.
Y el sol que levantándose tardío,
La azul esfera perezoso cruza,
Do quier sus rayos pálidos derrama,
No más que duelo y soledad alumbra.
¿Qué fueron los alados cefirillos
Que en primavera plácidos murmuran,

Ayes fingiendo y derramando aromas
Que los sentidos al pasar adulan?
¿Dónde el bullir sonoro de la fuente
Que, al saltar deshaciéndose en espuma,
Daba á los aires mágica armonía,
Daba á las flores virginal frescura?
¿Y aquella enamorada golondrina
Que, alzando el vuelo con torcida curva,
En pos iba de ausente compañero,
Palpitante de amor y de ternura?
Hoy su nido encontré bajo las vigas
Que mi ventana guardan de la lluvia,
Solitario y vacío, como queda
De niño muerto abandonada cuna.
En vano el roble que arrostrara altivo
De cien tormentas la indomable furia,
A la segur del leñador cediendo
Cálido ambiente en el hogar procura.
En vano, sí, porque á la par que fuera
Se oye la voz del viento que murmura,
Las ilusiones que abrigara el alma
Parece que se van una por una.
Triste es tu faz, aterrador invierno,
Cuando helechos y céspedes ocultas
Bajo cándida nieve, cuyo manto
Por montañas extiendes y llanuras.
La que ayer fuera vaga nubecilla,
Leve y ligera cual flotante pluma,
Hoy es niebla tenaz que el hondo valle
En lobreguez y oscuridad sepulta.

Y si de noche, despejada y clara,
Con límpido fulgor brilla la luna,
Sólo en turbios torrentes se retrata,
O en duro hielo que el mirar ofusca.
Mas tambien es verdad que si á tu soplo
Las pardas nubes con furor se agrupan,
Y los añosos troncos en astillas
Haces volar con indomable furia;
Si largas noches al dormido mundo
En tinieblas envuelven y circundan,
Y de tu sol el macilento disco
No más que duelo y soledad alumbra,
Tambien es cierto, invierno tenebroso,
Que los campos con tu hálito fecundas,
Y el gérmen viertes en el duro suelo
Que ha de volver al prado su verdura.
Que si tiene la alegre primavera
Flores mil que la atmósfera perfuman;
Si musgo tiene la escarpada roca,
Y dulce sombra la arboleda oscura;
Si el pobre labrador que sembró afanes,
Vé en cada tallo que precoz apunta,
Brotar una esperanza lisonjera
De bienestar y de riqueza suma,
De tí el prado á tomar volvió las galas
Que le arrancaste al fin con mano ruda,
Luego que el sol canicular de Agosto
Seca dejó y marchita su hermosura.
Y agua distes al líquido arroyuelo,
A la tranquila y plácida laguna,

Y de la nieve que en los montes dejas
Llevan las blandas brisas su frescura.
Yo te bendigo, sí, nevado invierno,
Con tus nieblas que el aire triste enlutan;
Yo te bendigo con tus negras sombras
Que dichas mil para despues anuncian.
Y así, cuando las brisas del otoño
Las ramas de los árboles desnudas
Dejen ya de sus hojas, vuelve presto
Aunque llenes el mundo de tristura;
Mi corazon te esperará gozoso;
Que, á través de los vientos y las lluvias,
Venir verá la alegre primavera
Entre los pliegues de tu manto oculta.

A UN PENSAMIENTO.

Cuando modesta y galana,
Flor preciada entre las flores,
Luces tus bellos primores,
Cual de todas soberana;
Mi corazon palpitar
Sintiendo gozoso al verte,
Corre hácia tí, como inerte
Corre la fuente á la mar.
Porque unido á tu existencia
Mirar creo un raro sér
Que te hace pensar y ver,
Y te presta inteligencia;
Y á veces halla mi amor
Al mirarte, flor preciosa,

Que eres, quizá, mariposa
Casi tanto como flor.
Pues para más aumentar
De tu hermosura las galas,
Parece que tienes alas
Y que no quieres volar;
Y cuando fijar en tí
Logro la mirada ansiosa,
Me encuentro, flor misteriosa,
Con que me miras tú á mí.
Comprendo bien el intento
Y lo que en tí adivinó
Quien el nombre imaginó
Ponerte de *Pensamiento;*
Pues, si acierto á meditar,
No sé, bella flor, si crea
Que ocultas alguna idea
Y no la puedes contar.
De blando aroma carece
La mágia de tu belleza:
Riesgo corre la pureza
De una flor cuando le ofrece;
Y si tú, prudente y fiel,
Guardas avara tu aliento,
Bien haces; de darle al viento,
Pudieras quedar sin él.
Pero en cambio, quizá sabes
Lo que ignoran otras flores,
El lenguaje y los amores
De las fuentes y las aves;

Y si en giro baladí
Leves al pasar suspiran,
Quizá las auras te inspiran
Como me inspiras tú á mí.
Adios, flor; si mi cancion
Puedes haber escuchado,
Bien sabes tú que ha brotado
Del fondo del corazon;
Adios, porque ya venir
Se mira la noche densa:
Duerme, si una flor que piensa
Puede, cual otras, dormir;
Y mientras nuevo rocío
Te infunde vida y aliento,
No te olvides, *Pensamiento*,
De que hácia tí vuela el mio.

DESPUES DE UNA NEVADA.

Ayer cuando pausada, desde el cielo,
La nieve en álbos copos descendia,
Libre dejando de la mente el vuelo,
Así prorumpió alegre el alma mia:
Cuán grande eres, oh Dios; en vano airado
Se enturbia el firmamento,
Porque á través del lóbrego nublado
Te vé mi pensamiento.
Y si grande te ostentas cuando puro
Brilla el azul del cielo,
Más grande te hallo en el turbion oscuro
Que alza montes de hielo.
Hoy como nunca lleno de alborozo,
Señor omnipotente,

Himnos cantara yo de inmenso gozo
Y gratitud ardiente.
Porque con esa nieve, que del llano
La sequedad mitiga,
Tú sabes luégo hacer que cada grano
Se trueque en una espiga;
El labrador premiada su constancia
Verá con tantos dones,
Y lloverá en su casa la abundancia
Que dan tus bendiciones.
¡Cuán grande es el varon que de la ciencia
Con los tesoros brilla!
Mas igualar no puede en tu presencia
Al que te vé y se humilla.
Cuantos sumidos en miseria insana
Llorais males prolijos,
Temed á aquel que os dá cada mañana
El pan de vuestros hijos.
Los que jamás hallásteis de la suerte
Contraria el torbo ceño,
Temed á aquel que iguala con la muerte
Al grande y al pequeño.
Y porque más en vuestro pecho encienda
La fé su antorcha pura,
Un corazon rendidle por ofrenda
De amor y de ternura.
Todos venid los que en dichosa calma
De Dios sois servidores,
Cuantos intacta guarden en el alma
La fé de sus mayores;

Y al dulce son de los celestes coros,
En mística armonía,
Alabadle con címbalos sonoros,
Con arpas de alegría.
Él es el Dios que con amor profundo
Hácia su ingrata hechura,
Nacer de una mujer quiso en el mundo,
Cual débil criatura:
Cien siglos de tinieblas espiraron,
Y, en enlace sin nombre,
Los cielos y la tierra se juntaron,
Trocóse el Verbo en hombre.
A las mansiones de Luzbel, impuras,
Huyó la impía guerra,
Y con la bendicion de las alturas
La paz bajó á la tierra.
Rogad por esta paz, que eternamente
Luzca en dias serenos;
Por esta paz que el cielo omnipotente
Tan sólo dió á los buenos;
Y á aquellos que en negarla se recrean,
Y con la duda luchan,
Aquellos que no importa oigan y vean,
Pues no miran ni escuchan,
Triunfante la verdad arranque en breve
De fé dulce tributo,
Como agostado yermo á quien la nieve
Arranca ópimo fruto.

A UNA NUBE.

—

Miradla cuán gallarda, con rápida carrera,
Levántase la nube del sol al resplandor,
Y el puro azul rompiendo de la infinita esfera
Extiende por el aire sus alas de vapor.
Apenas há un momento dejaba el horizonte,
Como acosada y presa de inextinguible afan,
Y ya la cumbre toca del empinado monte
Cuyas perpétuas nieves frescor le infundirán.
Acaso por el céfiro aléjase impelida
A fecundar los campos del pobre labrador,
Benéfica vertiendo los gérmenes de vida,
Trocando yermo estéril en tierra de verdor.
Quizás al contemplarla cansado navegante
Con poderoso esfuerzo las velas izará,

Mirándola presagio de viento más constante
Que á la remota playa su barco empujará.
Quizá dentro de poco los cándidos vapores
Que formas y belleza prestaron á su sér,
Del huracan deshagan los hórridos furores
Y en los revueltos aires se vayan á perder.
Tal vez se agita el rayo dentro su hueco seno
Que fecundara el soplo de indómito aquilon;
Bajo su manto bulle, quizá, terrible trueno,
Y son sus puras aguas las aguas del turbion;
Ó en pos de la tormenta que al cabo fatigada
Disípase llevando terror y lobreguez,
Del íris de colores la faz iluminada,
La vuelta de la calma presagiará tal vez.
¡Quién sabe! Nunca el hombre con poderosa mano
Podrá el tupido velo rasgar del porvenir;
Si lo que toca y mira, para él es un arcano,
¿Cómo futuros tiempos lograra descubrir?
Pero do quier que vayas, oh nubecilla errante,
Do quiera que las auras te puedan arrastrar,
Tu presurosa marcha detén por un instante,
Porque, de fijo, nunca te volveré á encontrar.
No sé qué dulce encanto mi espíritu domina,
No sé qué misteriosa magnífica ilusion,
El alma y los sentidos al verte me fascina,
Y con hechizo raro suspende mi razon.
¡Oh! ¡quién me diese alas para seguir tu vuelo
Surcando los espacios detrás de tu beldad,
Subiendo, cual tú subes, á la mansion del cielo,
Mirando desde arriba, cual tú, la inmensidad!

Mas ya que nunca, oh nube, mis ojos podrán verte
Y no puedo lanzarme de tu belleza en pos,
Antes que en lontananza te mire yo perderte,
Mi corazon te manda su postrimer adios.

EN UN ÁLBUM.

Cuando por la vez primera
Mis ojos te contemplaron,
Y con las gracias se hallaron
De tu beldad hechicera,
Fué tanta mi confusion,
Que, cuanto más te miraba,
Tanto más, Lola, dudaba
Si eras verdad ó ilusion;
Pues entre mil y mil bellas,
Mostrárate la fortuna,
Brillando como la luna
Entre millares de estrellas.
Pero otra cosa mejor
Ostentas, hermosa Lola.

Que, ella aparte, y por sí sola,
Es prenda de más valor.
Temo al decírtelo herir
Tu modestia singular;
Pero yo no sé ocultar
Lo que se debe decir.
Y aunque tal vez te dé enojos,
Oye un momento con calma:
Esa otra cosa es el alma
Que se adivina en tus ojos.
Alma pura y celestial,
Cual tu rostro peregrino,
Que ostenta el sello divino
De su orígen inmortal.
Y en deliciosa quietud
Ofrece á Dios por tributo,
El noble y precioso fruto
De pureza y de virtud.
Si por bella, de tí en pos
Acaso los hombres van,
Por buena te juzgarán
Perfecta hechura de Dios;
Y aunque el vil pecho taladres
De la envidia y la malicia,
Serás siempre la delicia
Y el orgullo de tus padres;
Que en tí unida podrán ver,
Sin que les ciegue el cariño,
A la inocencia del niño
La gracia de la mujer.

Y no á elogio lisonjero
Tomes nunca lo que digo;
Pongo al cielo por testigo
De que siempre fuí sincero.
Quien tal juzgue mi intencion,
Me hiciera al pensarlo agravio;
Nunca ha manchado mi labio
La hipócrita adulacion.
Si hay alguno que lo crea,
Y atribuye mi porfía
A vana galantería,
Que venga el mundo y lo vea.
Aunque hace tiempo sabrás,
Si tú eres justa contigo,
Que vales, no lo que digo,
Sino muchísimo más.

EXPIACION.

Sobre la cruz sagrada
Yerto y sin vida el Salvador yacía,
Y el alma traspasada
Con el fiero puñal de su agonía,
Lloraba sobre el Gólgota María.
Trocáronse sus ojos
De amargas perlas en copiosa fuente,
Y de agudos abrojos
Circundaron su frente,
Con la del Dios que muere juntamente.
Que áun ántes que taladre
Lanza feroz al hijo tan querido,
Sintió el dardo la madre,

Que en lo más escondido
Del seno virginal quedó prendido.
Astro de paz sereno;
Castísima paloma enamorada;
Vaso de aromas lleno;
Vírgen inmaculada,
Con el divino Verbo desposada.
¡Quién volverte pudiera
El hijo que salió de tus entrañas,
Y el llanto detuviera
En que los ojos bañas,
Y la tristeza con que el rostro empañas!
Decid los que alcanzásteis
Del corazon á comprender el llanto,
Si alguna vez hallásteis
Que hubiera dolor tanto,
Ni quebranto que iguale á tal quebranto.
Y decid si á tal crímen
Hallar pudiérais merecida pena;
Decid si se redimen
Los que, con faz serena,
En maldad excedieron á la hiena.
Ciudad, ciudad maldita,
Más que Sodoma vil por tu pecado,
¿No ves cómo se agita
El rayo desatado
De entre las manos del Potente airado?
Triste el sol se oscurece,
El ronco trueno con fragor retumba,
La tierra se estremece,

Airado el viento zumba,
Y hasta la muerte agítase en la tumba.
Y en vano alzas los ojos
A tu Dios implorando acongojada;
Que ya de sus enojos
La copa fué colmada,
Y su cólera avanza desbordada.
Reina de las ciudades,
Gala, un tiempo, y espejo del Oriente,
¡Cuántas calamidades
Caerán sobre tu frente,
Y cuánto has de gemir eternamente!
Desventuras y guerras,
Y déspotas injustos y opresores
Desolarán tus tierras,
Llevando, vencedores,
El exterminio en pos, y mil horrores.
Vendrán del Occidente
Ejércitos innúmeros armados,
Cual destructor torrente
Que arrasa los sembrados
Y trueca en charcas los amenos prados.
Y caerán tus murallas
Y tus torres fortísimas con ellas,
Y al son de las batallas,
Cautivas tus doncellas
Llevarán, sin que puedas defendellas.
Donde moraron reyes
Se arrastrarán culebras y dragones;
Y sufrirás las leyes

De bárbaras naciones
Que alzarán victoriosas sus pendones.
Al hallarte el viajero,
En soledad sumida y en tristeza,
Se apartará ligero,
Volviendo con presteza,
Para más no mirarte, la cabeza.
Y al cielo, de rodillas,
Invocarán tus hijos desterrados,
Léjos de las orillas
De sus rios amados,
A esclavitud sin tregua condenados.
Ya el ángel de venganza
Esgrime airado el fulminante acero,
Y contra tí se lanza,
Cual tigre carnicero
Sobre indefenso y tímido cordero.
Y en vano en breve plazo
Quieres apercibirte á la pelea,
Que no hay fuerza en tu brazo,
Ni ya el pendon ondea
Que levantó la gente Macabea.
Ya el águila de Roma
Sobre tí posa la sangrienta garra;
En pos viene Mahoma,
Y el alma se desgarra
Al rugir de la corva cimitarra.
Embraza la rodela,
Vibra el hierro mortífero y ardiente,
Calza la aguda espuela,

Viste el arnés luciente,
Y arrójate á morir como valiente.
Mas ¡ay! que al fin vencida
Doblaste la cerviz al duro yugo,
Lamiendo envilecida
La mano del verdugo
Que en su cólera á Dios darte le plugo.
Y no esperes que venza
A tal baldon tu ya pasada gloria,
Que irá de tu vergüenza
A la par la memoria,
El pudor afrentando de la Historia.

A CERVÁNTES.

Hoy que en tu númen se inspira
El ingenio castellano,
Que á tus piés depone ufano
Sus coronas y su lira;
Si no te causa desden
Que yo á tanto quiera osar,
Dígnate, pues, aceptar
Mi humilde aplauso tambien;
Que si tal vez en las alas
De mi fé pura se eleva,
Mi entusiasmo sólo lleva
Sin más adornos ni galas.
Un dia en que pena y tedio
Respiraba á mi pesar,

Sin poder imaginar
A mi disgusto remedio,
Por divertirme con algo,
Del sueño acaso en espera,
Ignorando áun lo que era,
Abrí tu *Ingenioso Hidalgo*.
No léjos de la niñez
Hallándome todavía,
Sus páginas recorria
Quizá por primera vez.
Mas apenas mi atencion
Fijar un punto lograron,
Cuando entera cautivaron
Por completo mi razon:
Ya la fantasía inquieta
Se gozaba en admirar
Lo que tan sólo crear
Sabe el alma del poeta;
Ya veneraba, sumisa,
La mente conceptos sabios;
Ya sin querer en los labios
Me retozaba la risa;
Pero tal placer sintiendo
En cosas tan seductoras,
Que iban pasando las horas,
Y yo leyendo, leyendo.
Hasta que al cabo advertí,
Ciego ya de asombro y pasmo,
Que, en alas de mi entusiasmo,
Tu libro olvidé por tí.

Y en vano la vista ansiosa
Fijar en él intenté;
Quien te comprende y te vé,
No puede ver otra cosa.
Sí, fénix del pensamiento,
Que hallando vida en su lumbre
El mundo miró en la cumbre
Del humano entendimiento:
Grande la suerte crüel
Te contempló en sus azares;
Grande luchando en los mares,
Grande cautivo en Argel.
Y juzgando á tu ambicion
Poco la prez del soldado,
Dejar quisiste grabado
En un libro tu blason.
Cosa juzgaste segura
Para tu inmenso talento,
Levantar un monumento
Padron de gloria futura;
Y al fin, emblema que abona
Tu ingenio y tu voluntad,
Lo diste á la humanidad
Con tu nombre por corona.
Pero aunque allí luce tanto,
Con tan sublime esplendor,
Que hace olvidar el valor
Con que luchaste en Lepanto,
El vulgo al mirarlo escrito
Mostró desden en el ceño;

Como el vulgo es tan pequeño,
Fuera culparle delito.
No rechacen, no, tus labios,
Desaires que en mi sentir,
Por más que quieran subir,
No llegan nunca á los sabios.
De tu gloria los reflejos
En su vista hicieron mal;
Todo lo que es colosal,
Hay que mirarlo de léjos.
Sólo así puedo entender
Cómo los que te alcanzaron,
Tanto tiempo te miraron
Y no te pudieron ver.
Ó acaso el desden altivo
Con que á tu hidalgo acogieron,
Fuera porque en él se vieron
Retratados muy al vivo.
¿Quién, en su fortuna varia,
Con insensata altivez,
No ha soñado alguna vez
Gobernar la Barataria?
¿Quién, con esforzado aliento
Y con ímpetus pujantes,
No ha luchado con gigantes
Que eran molinos de viento?
¿Quién, por discreto que sea,
Olvidar podrá tampoco,
Que á veces anduvo loco
Por alguna Dulcinea?

Nunca faltará quien note,
Ya de uno ú otro modo,
Que en mucho, cuando no en todo,
Se parece á Don Quijote;
Pero es difícil hallar
En un hombre el heroismo
De que al mirarse á sí mismo
Se lo quiera confesar.
Soledad, miseria y luto
Amargaron tu vejez;
Talento con honradez
Suele dar llanto por fruto;
Y las páginas sagradas
De tu *Quijote* inmortal,
Fueron todas, por tu mal,
Con lágrimas engendradas.
Lágrimas que la fortuna
Tan sin afan vió salir,
Que áun no enjugaste al morir
Las que vertiste en la cuna.
¡Oh, debe ser un tormento
Como ninguno inclemente,
Sentir el genio en la frente,
Y andar desnudo y hambriento;
Y por justo galardon
Del saber y la virtud,
No hallar más que ingratitud,
Y desdenes y prision!
¡Oh, basta, porque estallar
Siento el alma al recordarte;

Hasta el que quiere cantarte,
Concluye, al fin, por llorar!
No resuenen, no, en tu lecho
Nuevos ayes de quebranto,
Hoy que pudieras al llanto
Tregua prestar satisfecho.
Que ya la envidia no brama
Para minar tu renombre;
Ya no pueden con tu nombre
Las cien trompas de la fama.
Hoy á tu recuerdo fieles
Los siglos que van pasando,
Tu egregio nombre acatando,
Te arrojan nuevos laureles;
Y en vano correr en pos
De tí quiere el pensamiento,
Porque tan raro portento
Lo concibe sólo Dios.
Descansa en el cielo, sí,
Libre del pasado afan;
A los hombres que vendrán
Tu libro hablará por tí.
Y á coro imperecedero
Voces habrá que te alaben,
Mientras los tipos no acaben
Del hidalgo y su escudero.

EL CASTILLO DE PAU.

Mas allá del fragoso Pirineo,
Asentado con noble majestad,
Se alza un castillo, cual feliz trofeo
De otros hombres que fueron y otra edad.
Señoreando la risueña falda
Del montecillo do su pié fijó,
Parece que en un cerco de esmeralda
Un artífice diestro lo engastó.
Y allí firme arrostrando la tormenta
Y la saña del recio vendaval,
Del viajero á los ojos se presenta
Como ficcion de un sueño celestial.
La historia singular de aquella tierra
En la suya pudiérase aprender;

Baluarte fortísimo en la guerra,
Era en la paz morada del placer;
Mas no de sus señores la memoria
Encerróse en los lindes del hogar;
Tambien lauros preciosos y alta gloria
Fuera de allí supieron conquistar.
De la potente Francia la fortuna
Llegáron con el tiempo á someter,
Y en mi patria les vió la media luna
Por la cruz adiestrándose en vencer.
Hoy triste y solitaria se aparece
La morada de Enrique y de Gaston,
Como la hiedra que por fuera crece
Abrazada al antiguo torreon.
Ya no se oye la voz de los guerreros
Bajo el sonoro pórtico tronar;
Se olvidan, arrimados, los aceros,
Y el arte se olvidó del batallar.
Dicen que en noches claras y serenas,
De la tranquila atmósfera á través,
Se divisa, vagando en las almenas,
La sombra del insigne bearnés.
Yo ignoro si es verdad; pero no obstante,
Si á juzgar voy por lo que siento yo,
Cosa fácil encuentro á cada instante
Ver al buen rey allí donde nació.
Que aunque sólo tal vez necio sarcasmo
Al que vive sin fé logre arrancar,
¡Quién sabe adónde puede el entusiasmo
Con los ojos del alma penetrar!

Yo del soberbio alcázar los blasones
Con respeto y asombro contemplé;
Recorrí conmovido sus salones;
A las góticas torres me asomé;
Y temiendo, tal vez, que su belleza
A contemplar no volveria más,
Me ausentaba volviendo la cabeza
Y mirando con lástima hácia atrás.
Hoy de aquel suelo al encontrarme ausente,
Ánsia me acosa de volverlo á ver;
Y trazando su imágen en la mente,
Suspiro al recordarlo sin querer.
Mas al fin torne allí jóven ó anciano,
En adversa ó en próspera ocasion,
Nunca tarde será, mientras no en vano
Viva para sentir mi corazon.

SONETO.

De una estrella esquivando el rumbo cierto,
Y al capricho de céfiro inconstante,
A la mar el bajel sale arrogante
Dejando atrás el abrigado puerto;
Pero súbito el líquido desierto
En montes de cristal se alza pujante;
Brama la tempestad con voz tonante;
Se oculta el cielo de vapor cubierto.
Y el astro salvador buscando en vano,
Juguete al cabo de la mar bravía,
Roto el bajel y zozobrante vaga;
Así tambien el pensamiento humano,
Cuando no lleva la virtud por guía,
Entre las olas del error naufraga.

A UN ARROYO.

Arroyo dulce y ligero,
Que murmuras placentero
Entre juncos y entre flores,
Reflejando sus primores
Y adulándolas parlero:
Cuantas veces te miré,
Otras tantas encontré
Que en tus cristales sombríos,
Con los pensamientos mios,
Un suspiro me dejé;
Y en tus orillas amenas,
Donde se olvidan las penas
En apacible ilusion,

Tras de tus ondas serenas
Se me escapa el corazon.
Porque nada habla á la mente
Que á solas é indiferente
Dulces ilusiones fragua,
Como el murmurio indolente
Que hace arrastrándose el agua;
Y al penetrar en mi oido
El eco triste y perdido
Con que tus ondas se quejan,
Cuando en apacible ruido
Unas tras otras se alejan,
No sé qué rara armonía,
No sé qué vagos acentos
Inundan el alma mia,
Con mil varios pensamientos
Que me llenan de alegría.
Acaso el amor escondas
De una deidad campesina,
Que, porque á mi voz respondas,
Prestó al eco de tus ondas
El de su voz peregrina;
Y cuando gárrulo y breve
Tu manso raudal se mueve
Con ténues y blandos giros,
Es ella la que se atreve
A remedar mis suspiros.
Tal vez en tí se miró
La vírgen que con empeño
Constante idolatro yo,

Y en tí su imágen quedó
Como el recuerdo de un sueño.
Por eso al mirar de hinojos
Tus cristalinos espejos,
Acaso fueran antojos,
Mintiéronme tus reflejos
El reflejo de sus ojos.
¡Oh, cuántas veces vendria
A sentarme en las riberas
Que baña tu linfa fria,
Cuántas cosas te diria
Si comprenderme pudieras!
Mas tú en vago desvarío
Vas corriendo sin pensar
Que hácia tí va mi albedrío,
Como tú vas hácia el rio
Que ha de llevarte á la mar.
Y al capricho de la suerte
Va tu corriente sumisa,
Pues nadie en el mundo advierte
Que es el vivir más deprisa
Llegar más pronto á la muerte.
Tú, dulce arroyo, lo ignoras,
Que no entiendes cosas tales,
Y leves y encantadoras
Pasan para tí las horas
Siempre tranquilas é iguales.
Y debe, por cierto, ser
Felicidad soberana,
Sentir la vida correr

Sin acordarse de ayer
Y sin pensar en mañana.
  Sigue, pues, indiferente,
Sin que de vida tan corta
Nadie por tí se lamente,
Que poco morir importa,
Renaciendo eternamente.
  Y siempre que sin testigo
Venga yo á buscar abrigo
Bajo esta enramada umbría,
Quiera Dios que halle contigo
Mi esperanza y mi alegría.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA

DOÑA MARÍA ANTONIA OSSORIO Y CHACON.

  Niña gentil y hechicera,
Capullo de flor temprana
Que se abre fresca y galana
Al sol de la primavera;
Todo mi deseo fuera
Tantos primores cantar;
Pero absorto al contemplar
Tu belleza y tu candor,
Pienso que es mucho mejor
Admirarlos y callar.
  Dióte el cielo la hermosura,

Gala de la juventud;
En tu alma la virtud
Halló morada segura;
Que nunca tanta ventura
Pueda sentir dolorida
Del infortunio la herida,
Que nunca tan claro mar
Puedan airadas turbar
Las borrascas de la vida.

RUINAS.

Una tarde serena de estío,
Magnífica y clara,
Por el campo, al azar y sin rumbo,
Perdido vagaba;
Y en la cumbre de un monte que el valle
De un lado cerraba,
Sobre un rio que fresco y alegre
Lamia su falda,
Un castillo encontré en cuyas rotas
Y oscuras ventanas,
Tristes aves é inmundos reptiles
Hicieron morada.
Aun del viejo recinto los muros
En pié se ostentaban,

Pero hendidos, gastados y abiertos
Del viento y el agua.
Solitario, desnudo y vacío
De bélicas galas,
Parecia la imágen, la sombra
De un cuerpo sin alma.
Que ya no bajo el fuerte rastrillo
Los pasos sonaban,
Ni el rumor belicoso se oia
De gentes armadas.
No del patio llenando el recinto
Sonora vibraba,
Dando al aire su aliento de bronce
La trompa de caza;
Ni de aquellas que fueron un tiempo
Soberbias estancias,
Bulliciosa y alegre salia
Gentil cabalgata.
¿Dónde el buen caballero que armado
De férrea coraza,
Su denuedo y heróica bravura
Mostró en las batallas?
¿Y la noble señora que al pecho
Riquísima banda
Le ciñera con mágicas cifras
Por ella bordadas?
Ya canciones de apuestos donceles
No escuchan las damas,
Ni de alegre festin el bullicio
Resuena en las salas.

Solitario, desierto y desnudo
De bélicas galas,
Parecia la imágen, la sombra
De un cuerpo sin alma.
Pero, ¡ay Dios, cómo allí sin sentirlo
Mi sér se extasiaba,
Los recuerdos sin fin contemplando
De cosas pasadas!
En aquellos gastados y rotos
Escudos de armas,
En aquellas de pompa desnudas
Magníficas cuadras,
Todo un largo poema veia
De insignes hazañas,
De sangrientos y rudos combates,
De fé inmaculada.
¿No es verdad, oh gentil y discreta
Doncella gallarda,
Tú que há tiempo mi pobre albedrío
Rendiste á tus plantas,
No es verdad que las dulces memorias
Que llenan el alma,
Son cual tristes y bellas ruinas
De cosas pasadas?
¿No es verdad que es la huella indeleble
De muerta esperanza,
Como el rastro que al muro le dejan
El viento y el agua?
Corazon que arrogante y altivo
De firme se alaba,

Fortaleza parece que arrostra
Del tiempo la saña;
Pero luego á su impulso cediendo
Las torres más altas,
Caen al fin, como en pechos de roble
Firmezas soñadas.
¿Será cierto que todo sucumbe,
Que todo se gasta,
Como sombra nocturna que borran
Las luces del alba?
¿Será cierto que nobles pasiones,
Virtudes sin tacha,
Todo al cabo, cediendo á la suerte,
Vacila y desmaya?
No mi bien, áun en pechos honrados,
Que el vicio no engaña,
Voluntades y afectos residen
Que nunca se acaban;
Y el amor infinito que el mio
Tenaz avasalla,
No será como aquellas ruinas
Que ví en la montaña;
Porque nunca estar puede en el mundo
Sujeto á mudanza,
Lo que existe formando la vida,
La esencia del alma.

Á MI SOBRINA

LA SEÑORITA

DOÑA MARÍA SEGUNDA EULATE Y AGUIRRE.

¡Cuánto es bella la ardiente Andalucía,
Edén feliz de gloria y de consuelo,
Con qué placer recuerda el alma mia
Su dulce ambiente y despejado cielo!...
Morada que escogieran las huríes,
En vez del paraíso de Mahoma,
Cuyos campos de adelfa y alelíes
Alegran el jilguero y la paloma;
Nunca de Agar la desdichada gente
Dejó de amarla con filial cariño;
En ella sin cesar, contínuamente,
Piensa, como en los ángeles el niño;

Y cual recuerda la nacion judía
La cuna de sus padres, adorada,
En África recuerdan todavía
Los huertos de Sevilla y de Granada.
Mansion hermosa que el placer encierra;
Allí al disgusto y al dolor esquivos,
Bétis, Darro y Genil parten su tierra
Sembrada de naranjos y de olivos.
Sus templos sin rival, que al mundo asombran,
Son del arte y la fé rico tesoro;
Alhambra sus alcázares se nombran,
Sus torres la Giralda y la del Oro.
Montes que guardan sempiterno hielo
Dominan cual gigantes atalayas,
Y un mar azul como el azul del cielo
Humilde gime en sus risueñas playas.
Allí naciste tú; dulces y bellos
En las olas tus ojos se miraron,
Sus espumas, muriendo en tus cabellos,
Tus infantiles sienes refrescaron;
Dió á tus ojos su luz el claro dia,
Las brisas á tu oido dulces sones,
En el misterio de la noche umbría
Te arrullaron nereidas y tritones;
Y acaso de la luna á los reflejos,
Que el ancho mar con su fulgor platea,
Vino para mirarte, desde léjos,
Sobre su concha Vénus Citerea.
Gades insigne te sirvió de cuna,
Fué tu primera terrenal morada,

Ciudad bella y famosa cual ninguna,
De marfil y de nácar fabricada.
Que siempre la proteja con su escudo
La deidad que en guardarla se recrea;
Yo desde aquí gozoso la saludo,
En nombre de los dos; ¡bendita sea!
Hoy la ciudad de los califas moras,
Que, en silencio y olvido sepultada,
Ejemplo es que nos dice á todas horas
Cómo caen las naciones en la nada.
Allí el insigne Abderraman, un dia,
Víctima triste de la suerte fiera,
Recuerdo de la patria que perdia,
Plantó lleno de amor una palmera;
Y al par que en versos de belleza rara
Templaba de su pecho el hondo hastío,
El imperio fundó que luégo alzara
De Alhaken y Almanzor el poderío.
Mas nada para mí, querida niña,
Fueran recuerdos de tan noble tierra,
Nada la paz de su feraz campiña,
Nada las cumbres de su altiva sierra,
Si el sol que dora la orgullosa torre
Tu cabellera á un tiempo no dorara;
Si el manso rio que á tus plantas corre,
Tu imágen en sus ondas no llevara.
Allí donde hay del corazon pedazos,
Todo es gentil, hermoso y placentero,
Pues no hay lazos iguales á los lazos
Que nacen del cariño verdadero.

A.....

—

Salud, amable niña,
Portento de hermosura,
Más cándida y más pura
Que fabulosa hurí;
Salud cien y cien veces
Mi corazon te envía,
Que siempre el alma mia
Pensando se halla en tí.
De Arabia en las arenas
Halló jamás abrigo
Tesoro que contigo
Se pueda comparar;
Que tu menor sonrisa,
Para mi amor profundo,

Iguala de oro á un mundo,
De perlas vale un mar.
Cuando tu rostro en púdica
Modestia se colora,
Envidia es de la aurora
Su célico rubor;
Ofuscan tus miradas
La claridad del dia,
Tu voz es la armonía,
Tu nombre es el amor.
Tus plantas merecieron
Pisar polvo de estrellas,
Fijando en luz tus huellas
Sobre el inmenso azul;
Y adornos en tus sienes
Tal vez fueran mezquinos,
Corales tunecinos,
Turquesas de Stambul.
La lumbre de los astros,
Que el firmamento puebla,
No más que sombra y niebla
Para tus ojos es;
Mirándote la luna
De celos palidece,
La yerba nace y crece
Debajo de tus piés.
El céfiro, que en torno
Susurra en blandos giros,
Recoge tus suspiros
Y los repite fiel;

Si música en el bosque
Los vientos murmuraron,
Al aire la prestaron
Tus labios de clavel.
¿Quién puede contemplarte
Un punto, sin que luégo
No sienta el vivo fuego
De insólita pasion?
Los bronces se ablandaran
Si tu hermosura vieran,
Los mármoles sintieran
Sublime inspiracion.
Vosotros, cuyos cantos,
Gallardos trovadores,
De reyes y señores
Os dieron la amistad;
Inflame vuestro númen
La vírgen que yo adoro,
Y ensalzareis á coro
Su mágica beldad.
La rara inteligencia
Con que al hablar seduce,
Sobre su frente luce
Con vivo resplandor;
Prendida en sus hechizos
Quedóse el alma mia,
Su voz es la armonía,
Su nombre es el amor.
Envídiale sus ojos
Gacela temerosa,

Le ofrece cariñosa
La fuente su cristal;
Y á verla en sus azules
Y trémulos espejos,
Viniera desde léjos
El águila rëal.
Adios, amada mia;
Cuando su oscuro velo
La noche desde el cielo
Suspenda sobre tí,
En tanto que descansan
Las aves y las flores,
Amor de mis amores,
Acuérdate de mí.
Yo siempre seré tuyo;
Para mi eterna gloria
Grabada tu memoria
Está en mi corazon;
Más dicha que adorarte
Mi corazon no alcanza,
No mira otra esperanza,
No guarda otra ilusion.
Adios, alma del alma
Que con la tuya mora,
Dulcísima señora
Prodigio de bondad;
Cuando estos versos leas,
No olvides que escondida
En ellos va rendida
Mi amante voluntad.

Desde el primer momento
Que me abrigó la cuna,
Jamás soñé fortuna
Como quererte á tí;
Si tú pagar no quieres
Afectos con rigores,
Amor de mis amores,
Acuérdate de mí.

LA LIMOSNA.

Señor, cuando á mi puerta
Mísero anciano desvalido llora,
Y allí con lengua incierta
Una limosna por tu amor implora,
El óbolo envidiado
Al dejar en la mano del mendigo,
De gozo enajenado
Con místico fervor yo te bendigo.
No porque en rica muestra
De bondad que yo nunca merecia,
Tu omnipotente diestra
Jamás me negó el pan de cada dia;
No porque en blando lecho
De leve pluma ó de mullida lana,
Tranquilo y satisfecho
Puedo aguardar que venga la mañana;

Mi pecho se alboroza
Y te ensalza, oh Señor, porque me diste
Un corazon que goza
En dar alivio y consolar al triste;
Porque jamás me hallaron
Inerte de mi prójimo las penas,
Y alguna vez lloraron
Mis ojos viendo lágrimas ajenas.
Mi ambicion no procura
Ser como aquellos que, en punible calma,
A toda desventura
Muestran de bronce ó pedernal el alma.
Dicha mayor no pido,
Ni bien alcanzo yo tan soberano,
Como ir al afligido
Llevándole un consuelo en cada mano.
Que nunca el tiempo ciego
Estas mis dulces alegrías lleve;
Jamás tan vivo fuego
Se apague de las canas con la nieve.
Vendrá la hora terrible
De rigoroso fallo y de justicia,
En que su faz horrible
Impotente nos muestre la malicia;
Entónces congregados,
En tu presencia todos confundidos,
Habrá muchos llamados,
Y muy pocos serán los elegidos.
Mas con amor profundo
Tú habrás de recordar en tal momento,

Á aquellos que en el mundo
Te dieron pan al encontrarte hambriento.
Y porque en aquel trance
Algo me sirva á tu rigor de escudo,
Porque á tus piés no avance
De virtudes y méritos desnudo,
Haz, Señor, que mi brio
Aun nuevas fuerzas con el tiempo cobre;
No olvide yo, Dios mio,
Que á tí te presto lo que doy al pobre.

LAS CAMPANAS.

Siempre que las campanas
Tocan á muerto,
Me acuerdo de mi madre
Que está en el cielo;
Siempre que tocan,
Se despierta su imágen
En mi memoria.
Dios mio, cuando acabe
Para mí todo,
Haz que algun sér querido
Cierre mis ojos;
Y algunas veces,
Si oye tocar á muerto,
De mí se acuerde.

A....

Angel de casto amor, niña preciosa,
La de los ojos de color de cielo,
Tú á los mios más pura y más donosa
Que el sonreir de límpido arroyuelo;
Tú cuya huella imperceptible y breve
Acusa tu hermosura sobrehumana,
Más cándida que el ampo de la nieve,
Más bella que la luz de la mañana;
Oye, y no temas que si hablar me dejas
Te cansen mis palabras cariñosas,
Que siempre fueron del amor las quejas,
Como ninguna dulces y sabrosas.
Te amo tanto, mi bien, que sólo aliento
Con el goce inefable de quererte;
Cuando estoy á tu lado, me amedrento
A la idea terrible de perderte;

Y si en mí descargando sus rigores,
Léjos de mí te lleva el hado esquivo,
No más que entre esperanzas y temores,
Temiendo muero y esperando vivo.
En mis recuerdos como propia historia,
Tu memoria sin par vive escondida;
Parece que á la vez, en mi memoria,
Arranca allí la historia de mi vida;
Pues desde el dia en que por vez primera
Mi fé rendiste con discreto modo,
Faro que alumbra mi existencia entera,
Todo lo llenas, lo iluminas todo.
¡Quién me diera ceñirte una corona
Por mí ganada en victorioso empeño;
Guardar de dia tu gentil persona;
Velar de noche tu apacible sueño;
No apartarme de tí ni un solo instante,
Y con la fé que mi pasion revela,
Esclavo tuyo, como fino amante,
Mirarme en tus pupilas de gacela!
Por un suspiro de tu casto pecho,
Por una risa de tus labios rojos,
Preso viviera en calabozo estrecho,
De mis puertas besando los cerrojos;
Que nada valen en prision oscura
Años sin fin de pena y de agonía,
Por conseguir la celestial ventura
De poderte llamar *amada mia*.
Porque eres para mí tierna y graciosa,
Cual jóven é inocente jilguerillo,

Más que matita fresca y olorosa
De balsámica mirra ó de tomillo;
Y la virtud que soberana impera
En tu pecho sensible y delicado,
Es más dulce y mejor, niña hechicera,
Que el encendido fruto del granado.
Jamás sonó con placenteros ruidos
Tímida fuente que en las piedras toca,
Como suena tu nombre en mis oidos
Cuando lo escucho de mi propia boca.
No es de tórtola herida la querella
Tan blanda para mí como tu acento;
En tu mirada sin igual destella
El fulgor de tu amante pensamiento;
Y como en noche azul y sosegada
Cruza los cielos esplendente luna,
Estrella cual ninguna inmaculada,
El cielo cruzas tú de mi fortuna.
Déjame, pues, que inquieto y anhelante,
Con la esperanza de tu amor tan sólo,
Te siga como sigue el navegante
La eterna luz que le señala el polo.
Que al alma sin amparo y sin abrigo,
Ave de libertad privada y viento,
No le basta vivir sola consigo,
No le llena su propio sentimiento;
Y nunca fué bella ilusion soñada
Como sentir que al corazon responde,
De ajeno corazon en la mirada,
Un no se qué, que llega no sé dónde.

Ven á mi lado y ceñiré tu frente
De ramos y de flores primorosas,
Diciéndote al oido castamente
Mil peregrinas y diversas cosas.
Yo te querré con la pasion tirana
Que rinde á su poder las voluntades,
Como si fueras mi mejor hermana,
Cual se quiere del cielo á las deidades.
Tú siempre sola de mi amor querida
El consuelo has de ser de mis dolores,
Que hasta la muerte, amada de mi vida,
Amor te llamaré de mis amores.

ORIENTAL.

Sultana del blanco velo,
Favorita de Mahoma,
La de los ojos de cielo,
La del mirar de paloma;
De la huerta del Genil
Hechicera maravilla,
Más que la torre gentil
De la aljama de Sevilla:
Si de un moro que te adora
No te ofende la pasion,
Y cual tu faz seductora
Es bello tu corazon,
Deja la arboleda umbría,
Aunque esté fresca y serena,

Que el aire del Mediodía
Te puede volver morena;
Y por mejor esquivar
Del sol de Julio la llama,
Vente conmigo á habitar
Mis alcázares de Alhama.
Allí á la ciudad frontero
Tengo un hermoso castillo,
Que se alza noble y severo
Sobre campos de tomillo;
Y todo cuanto se vé,
Desde el llano hasta la sierra,
Con mi esfuerzo lo gané
Peleando en buena guerra.
Que puedo, sin que te afrente
El decírtelo yo así,
Por osado y por valiente
Juzgarme digno de tí.
Pregunta, si no te enfada,
Quién resiste mi denuedo,
De la vega de Granada
A los montes de Toledo.
Quién, de toda Andalucía,
Conmigo á luchar se arroja,
Si admiró mi bizarría
Cuando las fiestas de Loja.
¡Con su orgullo y su fiereza
Que vengan los castellanos,
Cuando voy yo á la cabeza
De mis cincuenta africanos!

Con ellos una mañana
Cuyo recuerdo me abona,
Salíme en hora temprana
De los muros de Carmona;
Y sin tener más trabajo
Que reprimir nuestro brío,
Echamos por un atajo
Hácia la márgen del rio.
De mi furor avisados
Los nazarenos estaban,
Pues tras un monte apostados
Más de cien nos aguardaban.
Si fué mucho arremeter
Con ellos, nada te importa:
Sólo conviene saber
Que fué la batalla corta;
Ni uno de los de Castilla
Escapó de nuestras manos,
Y entré á la tarde en Sevilla
Con mis cincuenta africanos.
Con que mira si está bien
Que, sin cuidar mi quebranto,
Trates con tanto desden
A un moro que vale tanto.
Ven conmigo, bella hurí,
Ven á alegrar mis jardines,
Que he adornado para tí
Con alfombras de jazmines.
Por tu placer, vida mia,
Con mis manos sembré yo

El rosal de Alejandría,
El ciprés de Jericó;
Y del Eufrates venido
Se alza en campos de arrayan
Aquel árbol tan querido
Del primer Abderraman.
Allí, dueño de mis ojos,
En mansion tan placentera,
Para servirte de hinojos
Reyes cautivos trajera.
Y oyendo el blando rumor
De los céfiros livianos,
Diérate guardia de honor
Con mis cincuenta africanos.
Pero si tantos desvelos
Sólo han de lograr, tal vez,
Vivir muriendo de celos,
Y morir en tu esquivez;
Si mis ayes y mis quejas,
Que el viento en llevar se afana,
Se han de estrellar en las rejas
Que defienden tu ventana;
Malhayan, bella traidora,
Ya que me tratas así,
El sitio, el dia y la hora
En que yo te conocí;
Malhayan mi hermosa tierra,
Tus hechizos sobrehumanos,
Y mi fortuna en la guerra,
Y mis cincuenta africanos.

Á LA VICTORIA DEL CALLAO.

No sólo á Dios aclaman
Los que viven en paz y sin cuidados,
Porque tambien le llaman
Señor de los ejércitos armados;
Su formidable acero
Tambien en los combates centellea;
Él conduce al guerrero
Que invoca su favor en la pelea.
Cantos de inmensa gloria
Al que es fuente y autor de toda hazaña,
A aquel que la victoria
Volvió de nuevo á conceder á España.
Esgrime, oh patria mia,
Esgrime el hierro que guardaste oculto;

Deplore su osadía
Quien ayer te lanzó villano insulto.
Por más que con ardides
Pretendan hoy matar tu viejo instinto,
Siempre en bélicas lides
La nacion has de ser de Cárlos Quinto.
Aun no cantó la fama
De la púnica guerra las grandezas,
Y ya en el mar la llama
El creciente rumor de cien proezas.
Pensando ciegamente
Huir una vez más nuestro castigo,
Con ánimo insolente
Nos aguardó en su tierra el enemigo.
Cuanto el ingenio humano
En el arte inventó de las batallas,
Con pensamiento insano
Detrás acumuló de sus murallas;
Y sembrando con dolo
De mortíferas bombas el abismo,
El exterminio sólo
Aguardaba al valor y al heroismo.
El corazon seguro
Los nuestros á la lid apercibian,
Y ni el armado muro,
Ni las traidoras máquinas temian.
Obstáculos más graves
La fé y el entusiasmo superaron,
Y ántes que de sus naves,
Del honor de su patria se cuidaron.

Tambien, la frente erguida,
Dijo un soldado en Trafalgar con brío:
No me juzgueis con vida
Si os dicen que se rinde mi navío.
Resuena el bronce fiero,
Cuyo son lleva el viento entre sus alas,
Vomitando certero
El espanto y la muerte con las balas.
Allí estalla una torre,
Cual si de leves pajas choza fuera;
Aquí la sangre corre
Y cruje al desgarrarse la madera;
Por una y otra parte
El combate su furia precipita,
Y el iracundo Marte
Los duros pechos á lidiar incita.
Mas no los nuestros cejan,
Y al recoger de su valor el fruto,
No más en tierra dejan
Que llanto y destruccion, vergüenza y luto.
Loor á los valientes;
Rosas coged para quien pudo tanto;
Dadme para sus frentes
Lauros de la *Goleta* y de *Lepanto*.
Pensad que divididos
Miles de leguas de una playa amiga,
Sin pan y sin vestidos,
Agobiados del hambre y la fatiga,
Al par que escarmentaron
Del audaz adversario la insolencia,

Con las naves tornaron
A su tino fiadas y á su ciencia.
Cantos de inmensa gloria
Al que es fuente y autor de toda hazaña,
A aquel que la victoria
Volvió de nuevo á conceder á España.
Dios grande y Soberano,
Ante quien brilla el sol pálido y frio,
Cuya potente mano
Mundos sin fin sostiene en el vacío;
Tú, que movido al ruego
De la infeliz mujer desobediente,
Otra hiciste que luego
Quebrara la cerviz de la serpiente;
Tú que á Israel, un dia
Contra el Egipcio pérfido amparaste,
Y en la sima bravía
Caballo y caballero derribaste;
Tú, víctima preciosa
Que á la ley del amor uncirse quiso,
Y con muerte afrentosa
Las puertas nos abrió del Paraíso;
Haz que siempre en tí crea
La raza que muriendo redimiste,
Que nunca estéril sea
La sangre que en el Gólgota vertiste.
Teman, Señor, tu enojo
Los que guerra mortífera nos mueven,
Los que con torpe arrojo
A la traicion y á la maldad se atreven.

Ensalcen tu poder las criaturas;
Huya del mundo la homicida guerra;
Gloria á tí, Sumo Dios, en las alturas,
Paz á la humanidad sobre la tierra!

Á LA SEÑORITA

DOÑA MARÍA CRISTINA MUÑOZ Y REMISA.

Cuando escuché tu melodioso acento
Por la primera vez,
Me parecieron, niña, tus palabras
Más dulces que la miel.
Queriendo luégo de tus negros ojos
El brillo resistir,
Porque los mios no quedaran ciegos,
Los aparté de tí;
Y encontrar supe á un tiempo en tus miradas
Lo mismo que en tu voz,
Que era puro y hermoso como el cielo
Tu noble corazon.
Dios la dicha te dé, cándida niña,
Que te mereces tú,

Y aquel interno bienestar que augura
Del alma la salud.
Que nunca puedas de la humana vida
La senda al recorrer,
Encontrar más que rosas y azucenas
Debajo de tus piés.
Y si algun dia con insano intento
La mano del dolor,
Arrancarte en su furia pretendiere
Dulcísima ilusion,
Sea tan sólo vaporosa nube
Que en el inmenso azul,
Un punto, nada más, del sol empaña
La refulgente luz.
Y apoyada en la fé, que no abandona
A quien con ella va,
Otra vez en tu pecho á morar vuelva
La verdadera paz.

Á PIO IX.

—

Tú, que del santo pescador divino
La frágil navecilla zozobrante
A través llevas de huracan pujante
Con sereno valor y raro tino;
Tú, que de la virtud en el camino
Descuellas entre todos arrogante,
Como entre arbustos cien alza gigante
Su espesa copa solitario pino,
Hoy, que rugen soberbias las pasiones,
Y Luzbel pugna con ardiente anhelo
Por quebrantar indócil sus prisiones,
Recibe, Padre amado, en tanto duelo
El amor de los buenos corazones,
Y de tu grey el triste desconsuelo.

Á UNA FLOR MARCHITA.

———

Inocente florecilla,
De un arroyuelo á la orilla
Nacida en la verde alfombra,
Que ayer fuiste maravilla,
Y hoy no pareces tu sombra;
Ya que la pena te hiere,
Y un dolor que nunca muere
Vive sin cesar contigo,
Oye la voz de un amigo
Que con el alma te quiere.
Veremos si tu sufrir
Con lo que voy á decir
Algo quizá se quebranta,
Que nunca la pena es tanta
Cuando son dos á sentir.

Y para mí siempre bella,
En próspera ó mala estrella,
Serás por toda la vida,
Dulce memoria de aquella
Para mi amor tan querida.
¿No la conoces? ¿No viste
La clara luz de sus ojos,
Que al sol brillante resiste,
Ni la sonrisa advertiste
Que vaga en sus labios rojos?
Yo quisiera definir
Su gracia particular,
Y no lo puedo decir;
¡Tiene un modo de reir,
Tiene un modo de mirar!
Produce en mí tal contento
De su dulcísimo acento
La musical expresion,
Que al escucharla, presiento
Goces que del cielo son;
Y en su castísimo seno,
Que de paz y encantos lleno
Mil virtudes atesora,
Late un corazon tan bueno
Que arrebata y enamora.
¿No sentiste de placer
Estremecido tu sér
Cuando su mano te asió
Y del suelo te arrancó
Do acababas de nacer?

Si lloras por tus hermanas
Que allá en el verjel quedaron,
Y por las brisas galanas
Que columpiándote ufanas
Tus ensueños arrullaron,
¿No te sirve de consuelo
Para tan grande amargura
Pensar que fué tu hermosura
Estímulo de su anhelo
Y objeto de su ternura?
Mas si llena de temores,
Aun lloras tú los rigores
Que en lamentar te obstinaste;
Si no hay consuelo que baste
Para calmar tus dolores,
Sabe que rápida y leve
La vida es cosa ligera,
Que corre con planta breve,
Como tormenta de nieve
En noche de primavera;
Y si hoy pudieras tornar
Al delicioso lugar
Donde empezaste á vivir,
Tal vez quisieras morir,
Á no poder olvidar.
Es verdad que hay una flor
Que, del cielo por favor
Si no, acaso, por desvío,
No la quema el cierzo frio
Ni la marchita el calor;

Mas no la envidies, y advierte
Cuando con ella la suerte
Anduvo airada y esquiva,
Haciendo á la *siempreviva*
Compañera de la muerte.
Dime tú si la fortuna,
Que motejas de importuna,
Tu dicha y tu bien no quiere,
Prenda haciéndote en la cuna
De afecto que nunca muere.
Y si al ver tu hoja marchita,
Seco el dorado boton,
Sintiéres pena infinita
Que al fondo te precipita
De la mayor afliccion,
Piensa que nada en el mundo
Vive exento de mudanza,
Y que el dolor más profundo
Tal vez es gérmen fecundo
De inagotable esperanza.

Á LA VÍRGEN.

Dios te salve, purísima María,
De los ángeles reina inmaculada,
Lucero precursor del claro dia,
Madre de los cristianos adorada;
Consuelo de afligidos y alegría,
Mística flor para el Eden creada,
Sálvete Aquel, oh Vírgen, de quien eres
Bendecida entre todas las mujeres.
Para cantarte yo, del rey profeta
Osé invocar la inspiracion ardiente;
Pero mi lengua, á su pesar sujeta,
Decir no puede lo que el alma siente;
Y aunque me abrasa el fuego del poeta,
Y en su llama ideal arde mi frente,
Para cantar grandeza y gloria tanta,
Débil nace la voz en mi garganta.

¿Ni cómo á tanto osar, si el ensalzarte
Fué privilegio del celeste coro
Que para tí, con no aprendido arte,
Las arpas vibra del metal sonoro?
Dichoso yo, si digno de adorarte
Fuera, y no más, cuando tu gracia imploro;
Dichoso yo si merecer pudiera
Que Dios propicio á mis plegarias fuera.

Yo nada soy; cual suele desprendida
Rama ligera de frondoso pino,
Por diferentes vientos impelida
Surcar el aire en desigual camino,
Así yo en la borrasca de la vida,
Empujado por denso torbellino,
Con vacilante marcha y paso incierto
Buscando voy el anhelado puerto.

Mas tengo un corazon que tu grandeza
Comprender sabe, y que tu gloria admira;
Que concibe tu espléndida belleza;
Que por ser bueno sin cesar suspira;
Que pronuncia tu nombre con terneza;
Que con tu excelsa majestad se inspira,
Y cuando, á veces, sus desdichas llora,
Tu nombre invoca y tu favor implora.

¿Y á quién mejor que á tí sus oraciones
Podrá elevar la criatura humana
Que el huracan feroz de las pasiones
Pretende arrebatar con furia insana?
¿A quién mejor en duelos y aflicciones
Pedir resignacion y fé cristiana,

Que á la que supo la rebelde frente
Y el orgullo domar de la serpiente?

Y yo, aunque en Dios para mi dicha fio,
Y á Él mis súplicas alzo atribulado,
Quiero que por tí pase el ruego mio,
Para que llegue á Él purificado;
Yo en tu divina intercesion confío,
En tus manos me entrego sin cuidado,
Y á tí mi voz en la demanda cedo,
Porque soy pecador y tengo miedo.

Apenas á la luz del claro dia
Mis ojos con placer se dilataron,
Aun sin saber quién eras, madre mia,
Á pronunciar tu nombre me enseñaron;
Me mandaban orar, y ya, á porfía,
Mis oraciones hácia tí se alzaron;
Y aunque quién eras, mísero, ignoraba,
Con fé y con entusiasmo te invocaba.

Así, oh Vírgen, tu nombre sacrosanto,
En mi memoria que jamás lo olvida,
Es bella tradicion llena de encanto
De los primeros años de mi vida;
Dulce recuerdo misterioso y santo
De una madre ternísima y querida,
Flor que envueltos conserva en su fragancia
Los más hermosos sueños de la infancia.

Déjame, pues, oh celestial María,
Que á tus plantas rendido yo te adore;
Nave que azota tempestad bravía,
Justo será que tu favor implore;

Tú que tanto sufriste en tu agonía,
Darás consuelo al que á tus plantas llore,
Benéfica dejando que mi acento
Suba á tí en alas del sonoro viento.
Mas no te pediré dichas terrenas,
Ni vacíos deleites mundanales;
Arroyo quiero ser de ondas serenas,
No torrente de túrbidos cristales;
Y aunque llore ignorado yo mis penas,
Y ninguno á aliviar venga mis males,
Nunca del vicio el huracan rugiente
Podrá enturbiar las aguas de la fuente.
No me confundas con aquellos séres
Que, del mal ostentando los trofeos,
Tras impíos quiméricos placeres
Arrebatados van por sus deseos;
Que despues, como débiles mujeres,
Sólo saben llorar sus devaneos,
Y al fin pisando van duros abrojos
Marchito el corazon, secos los ojos.
Sólo te pido, madre piadosa,
Que en mí conserve yo la fé primera;
Que la esperanza, amante y cariñosa,
Sea siempre mi dulce compañera;
Que infundas en mi pecho, generosa,
Valor para la lucha postrimera,
Y de mi varia suerte en los azares
Consuelo seas tú de mis pesares.
Yo te lo pido por el tierno llanto
Que vertiste de un hijo en la agonía;

Por el misterio grande y sacrosanto
Que en el Calvario entónces se cumplia;
Por tu inmenso martirio y tu quebranto;
Por el recuerdo triste de aquel dia;
Por el Dios que murió crucificado
Para lavar al hombre del pecado.

AL SEÑOR

DON FRANCISCO JAVIER DE SALAS.

Cuando vuelve un amigo
De extrañas tierras,
Y me cuenta las muchas
Cosas que viera,
Yo, que tan solamente
Las ví en los libros,
Su relacion oyendo,
¡Cuánto le envidio!
Así cuando tú llegas
De los viajes
Que con el alma emprendes
A otras edades,
De tu saber los frutos
Viendo en tus libros,
Yo, que todo lo ignoro,
¡Cuánto te envidio!

EL MOTIN.

Es el motin, es el motin; hirviendo
En gritos y amenazas,
Desbórdase furioso discurriendo
Por calles y por plazas.
Ronca la voz, los trajes desceñidos
Como infernales séres,
En tropel bullicioso confundidos
Van hombres y mujeres.
Armas no encuentra su furor beodo
Para matar sin mengua;
Son las piedras que buscan en el lodo
Más limpias que su lengua.
Dejad que pasen cual fugaz arista
Que va en alas del viento;
Abridles calle, á un lado echad la vista,
No os manchen con su aliento.

Torpe canalla que en el crímen funda
Sus goces y sus glorias;
Escoria vil, maléfica é inmunda
De todas las escorias.
Sus manos el puñal del asesino
Dejara de honra llenas;
La cólera mezclada con el vino
Circula por sus venas.
Jamás ante contrario valeroso
Vibrar osan los hierros,
Y huyen como bandada de raposos
Delante de los perros.
Miserables que sólo de ódio insano
Cedieron al empuje,
Y ante el látigo tiemblan del tirano,
Que en sus espaldas cruje.
No es, no, la rebelion, con su grandeza,
De partidario ciego,
Que responde, arriesgando la cabeza,
Al fuego con el fuego.
Es el fango que yace en lo más hondo
De lago corrompido,
Y agítase arrojando desde el fondo
Su légamo podrido.
Vedles trepar por rejas y balcones
Con ímpetu salvaje,
Injurias vomitando y maldiciones,
Sedientos de pillaje.
Hidalguía, honradez, virtud austera
Son blanco de sus sañas;

La picota, el presidio y la galera
Pregonan sus hazañas.
Cunde el tumulto, auméntase el espanto
Del bueno en vilipendio,
Y por do quiera se propaga en tanto
La llama del incendio.
Seguid, seguid, inícuos campeones
De escándalo y maldades,
Vituperio de todas las naciones,
De todas las edades.
Sin temores seguid y sin cuidados,
Que al despuntar el dia,
Ya os guardarán cerrojos y candados
El sueño de la orgía.
No la ilusion estúpida os halague
De impunidad certera,
Pues no hay deuda que al cabo no se pague,
Ni plazo que no muera.
De tal injuria, de tamaña afrenta,
Mañana avergonzada,
Os pedirá inflexible estrecha cuenta
La sociedad airada.
Y conservando las infames vidas,
Terror de honras ajenas,
Volverán para siempre á sus guaridas
Los zorros y las hienas.

Á UNA NAVE.

Vedla cual dando la flotante lona,
Al impulso del céfiro fugaz,
En pos la nave de lejana zona
Deja del puerto la segura paz.
Las mansas olas arrogante huella
Presurosa mostrando su poder,
Y sólo queda por memoria de ella
Leve rastro que bórrase al nacer.
Vé en paz, oh nave, y próspera bonanza
Vaya contigo, como quiero yo;
Tambien en otro tiempo mi esperanza
En tus frágiles muros se encerró.
Yo, como tú, la voz de la tormenta
En medio de las olas escuché,
Y arrostrando su furia turbulenta
El indómito piélago crucé.

Mas no por eso se lanzó la mente
De visiones terríficas en pos;
Siempre me halló la tempestad hirviente
Con alma firme y esperanza en Dios.
Vé en paz al puerto á que tu rumbo inclinas,
Sin que en tu contra se embravezca el mar,
Y cual nuncios de amor las golondrinas
En tus mástiles vayan á posar.
Jamás la tromba que iracunda ruge
A tí se acerque con horrible son;
Nunca tu vela con tremendo empuje
Desgarre embravecido el Aquilon.
Que blando y leve impulso te dé sólo
De la callada brisa el soplo igual,
Y allá, en la noche, el apartado polo
Para alumbrarte encienda su fanal.
Vé en paz y sin cuidados ni temores
Á donde el cielo te permita ir,
Desechando quiméricos terrores,
Sin miedo en el oscuro porvenir.
Yo, al par, de nuestra mísera existencia
Surcando el Oceano seguiré,
Pobre tal vez de arrojo y experiencia,
Mas rico de ilusiones y de fé.
Y en tanto el mar abriendo con la quilla,
De remotos países vas en pos,
Yo aguardaré tu vuelta en esta orilla
Con alma firme y esperanza en Dios.

AUSENCIAS.

Salid, suspiros mios,
Y en pos de mi adorada
Batid sin dejar huella
Las invisibles alas;
Salid, sin que dejarme
Pueda importaros nada,
Porque suspiros sobran
Donde la dicha falta:
Cuando al calor brotásteis
De la amorosa llama
Que fomentó en mi pecho
Pasion que le avasalla,
Jamás pensar pudiera
Que presto os enviara
Como testigos fieles
De desventura tanta.

Contigo quedan, niña,
Mis ilusiones castas,
Mis dulces pensamientos
De amor y bienandanza.
Las niñas de mis ojos,
Tan presto acostumbradas
A ver en tí un dechado
Perfecto de las gracias,
¿En cuál objeto ahora
Podrán fijarse avaras,
Que no encuentren más negro
Que noche de borrasca?
¿Qué voz, en mis oidos,
Tan cadenciosa y blanda,
Hará sonar aquellas
Dulcísimas palabras,
Con que de claro ingenio
Conmigo blasonabas,
Los dos entretenidos
En amistosa charla?
Hoy en dolor sumido,
Por noche y por mañana,
Recorreré los sitios
Donde mi amor te hallaba;
Y al espirar la tarde,
Bajo la verde parra
Que con sus anchas hojas
Guarnece mi ventana,
Repetiré tu nombre
Con tan dolientes ánsias,

Que mármoles ablanden,
Que rompan las montañas.
  Jamás para mi gusto
Las matinales áuras
Que juegan entre bosques
De mirtos y de acácias,
Más frescas parecieron
Que en tu donosa cara
La celestial sonrisa
Que de tus labios mana;
No valen lo que el polvo
Que huellas con la planta,
Diamantes de Golconda
Ni perlas de Bengala;
Ni trovador errante
Jamás imaginara
Cancion que mereciera
Decir tus alabanzas.
  ¿Qué flor no se deshoja?
¿Qué hoguera no se apaga?
¿Qué imperio no destruyen
Trastornos y mudanzas?
¿Qué voluntad de roble
Al cabo no desmaya,
Si el infortunio impío
A su pesar le alcanza?
En la region del aire,
Serena y azulada,
Alcázares de nubes
Mi corazon formaba;

Pero de pronto el viento
Rugió con fiera saña,
Y al fin, como eran nubes,
Deshízolas en agua.
  Más tristes que la niebla
Que silenciosa baja
De la tendida loma
Por la pendiente falda;
Mas lóbregas y oscuras
Para mi vida larga,
Que de agorero cuervo
Las pavorosas alas,
Desde hoy sin tí mis horas
Se trocarán, oh amada,
En siglos de agonía
Que lentamente pasan.
  Azules como el cielo,
Serenos como el alba,
Modestos como el rayo
De estrella solitaria;
Ya no de esos tus ojos
Las límpidas miradas,
De gozo y de ventura
Me encenderán el alma.
No en la Ciudad Doliente,
A cuya oscura entrada
Debe el que allí penetra
Dejar toda esperanza,
Vió aquel insigne vate,
Amigo de la fama,

Tormento más agudo
Que el que en mi mal se ensaña.
Matáranme desdenes,
Hiriéranme mudanzas,
Mas no la horrible duda
Que el pecho me desgarra.
Te dejo, niña hermosa,
No sé si enamorada,
O acaso indiferente
Con quien su fé te guarda;
Te dejo cuando el prado
Se viste de esmeralda,
Cuando en menudo aljófar
La fuente se desata;
Y llano, monte y valle,
Poniéndose de gala,
No más que amor aspiran,
No más que amor exhalan.
Detesta el prisionero
Cadenas que le amarran
A dura servidumbre
Que su existencia gasta;
Y yo, sufriendo tanto,
Bendigo con el alma
Nudos que mi albedrío
A tu albedrío enlazan.
Que el cielo te acompañe,
Que Dios contigo vaya,
Que siempre te defienda
El ángel de tu guarda;

Mas nunca olvides, niña,
Que el tiempo y la distancia,
No en corazones firmes
Son lo que al fuego el agua.
Yo á solas, entre tanto,
Con mi fortuna airada,
Aquí llorando quedo
Perdidas esperanzas;
Cual náufrago infelice
Que en la desierta playa
Con triste faz contempla
Su nave destrozada.

LA SABIDURÍA.

Oid todos los buenos,
Que sois de un Dios hechura y semejanza,
Cuántos al mal ajenos
Alentais de otra vida la esperanza;
Oid y en vuestra mente
Conservad mis preceptos escondidos,
Que en ellos, juntamente,
Doy gusto al corazon y á los oidos.
Yo soy dulce y hermosa,
Como lirio entre juncos y espadañas;
Gallarda y poderosa,
Como el cedro que viste las montañas.
La luz del sol tranquila
No empaña de mis ojos los reflejos;
Panal que miel destila
Son de mi voz los regalados dejos.

En mí acaba la duda
Que males y desdichas sólo arguye;
La fé en mi amor se escuda;
En mí principia el bien, y en mí concluye.
Yo sé toda la historia
De sucesos sin fin que áun no llegaron;
Archivo es mi memoria
De siglos y de cosas que pasaron.
Antes que de alegría
Bañase al mundo la primer mañana,
Ya escondida vivia
Del señor en la mente soberana.
Yo le ví levantando
De la pesada esfera los cimientos,
A su fin ordenando
Los varios y confusos elementos.
Del uno al otro polo
Marché tras Él con incansable brio,
Y á su querer tan sólo
Ví poblarse de mundos el vacío.
Cuando encendió las fraguas
Que nuestro globo en su interior encierra;
Cuando apartó las aguas
Y marcó los confines de la tierra;
Y comprendí en seguida
De su designio todos los arcanos,
Mirando complacida
La maravilla inmensa de sus manos.
Allí donde Él se ostenta
Yo voy en pos de su poder testigo,

Y quien con Él no cuenta,
Ese tampoco contará conmigo.
De los fingidos sabios
En vano me persigue la jactancia,
Porque al mover mis labios
Terror siente y congojas la ignorancia.
Mucho en el mundo valen
La salud, la fortuna y el contento;
Mas no penseis que igualen
En poder al divino entendimiento.
¿Quién de borrasca dura
Pudo sin miedo contemplar las huellas?
¿Quién supo en noche oscura
Numerar del espacio las estrellas?...
Dichoso el varon justo
Que en mí su bien y su esperanza fija,
Que en mí pone su gusto,
Y en mi amor se deleita y regocija.
Ese vivirá honrado,
De la ambicion y la calumnia léjos,
Y morirá envidiado
De los niños, al par, y de los viejos.
Mas nunca en la licencia
Recogió el hombre del saber los dones,
Porque de Dios la ciencia
Se aleja de los malos corazones.
Quien sabe hallar la gracia
Que lleva en gérmen de mi amor los frutos,
Con ella la eficacia
Logrará de mis nobles atributos.

Yo le abriré una senda
Siempre libre de espinas y de abrojos;
Yo apretaré la venda
Que colocó la fé sobre sus ojos;
Y al fin de la jornada
Yo aguardaré velándole en el lecho,
Su postrimer mirada,
El último suspiro de su pecho.

EL SUEÑO DE UN LOCO.

Surcando el Océano
Va de Colon la frágil carabela,
Y cual humo liviano,
Sobre las ondas vuela
En pos dejando luminosa estela.
Sólo á bordo velaba
El nauta ilustre que el timon regia,
Y en mirar se esforzaba,
Por ver si descubria
La tierra que á los suyos prometia.
Mas vió que de repente,
Bella cual la ilusion que el alma adora,
Surgió del mar potente
La deidad seductora
Que en los abismos de las aguas mora.

Y con voz más suave
Que del céfiro blando la armonía,
En tono dulce y grave
Así á Colon decia,
Que pasmado y atónito le oia:
En paz á estas regiones
El varon llegue, cuya inmensa gloria
Vivirá en las naciones,
Más que vive en la historia,
De Alejandro y de César la memoria.
Temblaban los osados,
El duro pecho vacilar sintiendo,
Al contemplar pasmados
El combatir horrendo,
Y de las olas el terrible estruendo.
Tú, de esperanzas lleno,
A la lid con indómita pujanza
Te arrojaste sereno,
Cual soldado que avanza
En alto puesta la fornida lanza.
Y no en sangre teñido
El verde lauro que tu sien corona
Se muestra oscurecido,
Que más tu gloria abona
La piedad porque Dios te galardona.
Por tí los nobles reyes
Que á incógnitas regiones te enviaron
Para extender sus leyes,
Más reinos conquistaron
Que provincias sus padres gobernaron.

Ya de un rincon de España
Salir veo al intrépido extremeño,
Cuya bélica saña
De un mundo le hará dueño
Que abatirá á sus piés el torbo ceño.
En pos de él á millares
Héroes sin par, domando la flereza
De los revueltos mares,
Colmarán tu grandeza,
Cumplida cima dando á tal proeza.
A países remotos
Se lanzaran las españolas quillas
Por caminos ignotos,
La fé de ambas Castillas
Llevando á las antípodas orillas.
Y no sólo arrogante
Tu gloria ensalzará fama terrena,
Que ya desde este instante
Tu claro nombre llena
Hasta del cielo la mansion serena.
Por tí la dulce lumbre
Que circundó con luz inmaculada
Del Gólgota la cumbre,
A entrar va en la morada
Del vicio y la ignorancia fabricada.
Allí donde el veneno
Vertió Luzbel de torpe idolatría,
La cruz del Nazareno
Se adorará á porfía,
Y la sagrada imágen de María.

Dió el infierno un gemido
Su furia al ver de tu fortuna esclava,
Y el Teide, estremecido,
Lanzó con furia brava
Ígnea columna de fundida lava.
Mas no el ánimo fuerte
Llegó á cejar en su atrevido intento,
Y luchó con la muerte
Una vez y otras ciento,
Sin rendirse jamás al desaliento.
¿Quién osará igualarte?
¿Quién el premio logró que tú has logrado?
¿Dónde el hijo de Marte,
Dónde el audaz soldado
Que triunfo alcanzó tan señalado?
Consuma, pues, tu hazaña;
Contra el ódio la fé te dará abrigo;
De tu grandeza extraña
Todo el orbe es testigo;
La bendicion divina va contigo.
Calló el ángel, é hiriendo
El líquido cristal con el tridente,
Leve luz esparciendo,
Que destelló su frente,
Hundióse bajo el agua lentamente.
Fiado en su ventura,
Siguió Colon bogando sin recelo,
Mientras la noche oscura,
Con sosegado vuelo,
Se arrastra perezosa por el cielo.

Y al romper la mañana
La densa bruma que la costa encierra,
Rodrigo de Triana,
Que á un tope el cuerpo aferra,
Con poderosa voz cantó la tierra.

LA CASCADA.

Ecos dando al horizonte
Y á la frondosa enramada,
Salta rápida cascada
Desde la cima del monte.
Mal escondida en la bruma
Que alzan sus propios raudales,
Rompe, hiriendo sus cristales,
En copos de blanca espuma;
Y del sol á los reflejos,
Que alzan vivos resplandores,
Pinta rayas de colores
En sus trémulos espejos.
El aire que la rodea,
Envidiando su frescura,
En tocar su linfa pura
Parece que se recrea;

Y unos en otros fundidos
De ambos los castos arrullos,
Fingen gárrulos murmullos
Que embelesan los oidos.

—

Allí, á la sombra sentado
Del álamo corpulento,
En cuyas ramas el viento
Gime al pasar fatigado,
Es grato ver por las breñas
Cayendo la catarata,
Que en viva lluvia de plata
Va salpicando las peñas.
Calles formando infinitas,
Que mil caprichos ofrecen,
Allí entre la hiedra crecen
Claveles y margaritas.
Los céfiros voladores,
Que vienen por mil caminos,
Le llevan los dulces trinos
De alondras y ruiseñores;
Y así, con raro donaire,
Música dan, concertada,
Los ecos de la cascada
Y los suspiros del aire.

—

Límpida y clara corriente,
Que al bajar entre las rocas,

Muestras de cándidas tocas
Ceñida la blanca frente:
Dí si despues de aquel dia,
Que tanto recuerdo yo,
De nuevo á verte volvió
La prenda del alma mia.
La doncella encantadora,
Cual ninguna hermosa y buena,
Cuya gracia me enajena,
Cuyo ingenio me enamora;
La que al noble discurrir
De gallardo entendimiento,
Une, con púdico acento,
Las galas del buen decir.
Y si modesta y sencilla,
Como flor en los rastrojos,
De nuevo sus claros ojos
Fija en tí desde la orilla,
Haz que magnífica y bella,
Modelo de cien primores,
Brote una alfombra de flores
En donde estampe su huella;
Que al contemplarla indecisa
La brisa murmuradora,
La deje oir seductora
Su más amable sonrisa;
Y así, al mirar su donaire,
Música den, concertada,
Los ecos de la cascada
Y los suspiros del aire.

Á LA SEÑORITA

DOÑA PILAR ELÍO Y MAGALLON.

Bendita seas, celestial doncella,
Portento de donaire y de candor,
Niña que vas, encantadora y bella,
Vertiendo gracias é inspirando amor.
Bendito de esos ojos peregrinos
El penetrante plácido mirar,
Y el coral de tus labios purpurinos,
Cual nunca el hombre lo encontró en el mar.
Envidia el sol tu rubia cabellera
Como el oro finísimo de Ofir;
Celosa el áura gime en la pradera
Al contemplar tu amable sonreir;
Y yo, que admiro con afan sincero
Tus hechizos sin fin y tu bondad,

En estos versos consagrarte quiero
Recuerdo de purísima amistad.
No, empero, temas que tu blanca frente
Ruborice mi pobre inspiracion;
Nada en ella verás, niña inocente,
Indigno de tu honesto corazon;
Ni rastro vil de adulacion mezquina
En mis versos tampoco encontrarás;
Por más que ensalce tu beldad divina,
Mucho más vales y mereces más.
Dichosa tú, bellísima sirena,
Que del rostro al encanto seductor,
Un alma juntas pudorosa y buena
Que á imágen suya te infundió el Señor.
Dulce y más puro que la luz del dia
Cuando ilumina tu risueña faz,
Tu espíritu gentil es la alegría,
Son tus palabras símbolo de paz;
Y el noble instinto que á lo bueno atento
Guarda tu pecho generoso y fiel,
Tiene, así cual tu casto pensamiento,
El gusto y la fragancia de la miel.
Si el genio de un soldado valeroso
Y su audacia sin par sintiera en mí,
Sin otorgarme punto de reposo
Cien pueblos conquistara para tí;
Y allá, de opuestas y distantes zonas
Que baña el mar con movedizo tul,
Á tus piés arrojara más coronas
Que estrellas tiene el firmamento azul.

Dios que la fuerza y el poder aduna,
Sin cuento glorias te dará quizás;
Por mucho que te halague la fortuna,
Mucho más vales, y mereces más.

A.....

—

Ven junto á mí, castísima hermosura,
Fuente de inagotable sentimiento,
Manantial de cariño y de ternura,
Astro de bendicion y de contento:
Ven, niña, junto á mí; tu rostro amigo
Siempre lo hallé como ninguno amable;
Yo quiero verte y platicar contigo
En coloquio de amor interminable.
Néctar como las frases cariñosas
Que brotan de tu labio á maravilla,
Nunca dieron abejas codiciosas
En los huertos de Córdoba y Sevilla;
Ni de Mayo á los tibios resplandores
Con que el sol en Oriente se levanta,
Brotó la tierra matizadas flores
Dignas de ser holladas por tu planta.

Porque eres bella tú y encantadora
Como son las veladas del estío,
Cuando la noche desde el cielo llora
Gotas sin fin de virginal rocío.
Al contemplarte pasajera fuente,
Con tu preciosa imágen se engalana;
Te guarda el sueño, dulce y mansamente,
El áura que murmura en tu ventana...
Palomas que arrullásteis placenteras
El canto de los toscos segadores,
Decidme si encontrásteis en las eras
Algo como el amor de mis amores;
Decidme si al cruzar por la espesura,
En tropel y algazara bullidora,
Hallar pudísteis rústica hermosura
Cual la hermosura que mi pecho adora.
Tú, más cándida y pura que el armiño;
Alma llena de luz y de armonía;
Inocente y sencilla como el niño,
Todo candor, modestia y alegría:
Ven junto á mí; ya el ave en la enramada
El vuelo tiende rápida y ligera,
Oyendo cuál la llama enamorada
Desde el nido la dulce compañera;
Yo tambien desde el fondo de mi pecho
Llamo al objeto de mi amor bendito;
Para vivir en calma y satisfecho,
Tambien tu compañía necesito.
Mi corazon, como ninguno amante,
En quererte no más su gloria fia;

Tu celestial imágen ni un instante
Olvidar puede la memoria mia;
Es para mí tu hablar dulce y discreto
Aun más que el jugo de la vid sabroso;
Más blando que el murmurio con que inquieto
Gime al pasar arroyo bullicioso.
Jamás placer soñaron mis oidos
Que se pueda igualar al de escucharte;
Mis ojos por los tuyos atraidos
No se cansan jamás de contemplarte.
Do quier me finge mi tenaz deseo
Ecos de tus palabras seductoras;
Cuanto más léjos de mi amor me veo,
Más presente le tengo á todas horas.
Ven conmigo; mi tierno pensamiento,
Que sólo en tí se fija y reconcentra,
Un tesoro de amor halla en tu acento,
Dichas sin fin en tu mirada encuentra.
Yo admiro en tí el espíritu sublime
Con que entre todas arrogante brillas;
Y tal nobleza á tu persona imprime,
Que es preciso adorarte de rodillas.
No envidies tú, no envidies la ventura
De aquellos infelices cuya ciencia
No supo nunca hácia region más pura
Levantar corazon é inteligencia.
Deja que vague á su placer la mente
Por esos mundos con intenso vuelo;
No hay quien no pueda, con alzar la frente,
Desde la tierra contemplar el cielo.

Jamás por nada teme y se amedrenta
Quien es de un Dios hechura y semejanza;
El que instinto inmortal guarda y alienta,
Debe medir cuanto la vista alcanza.
¿No es verdad, tú el más bello de los séres,
Tú de hermosura virginal lucero,
Que admites mi pasion y que me quieres
Tanto, ángel mio, como yo te quiero?
Yo en cambio, con delicia te lo juro:
Nunca los golpes de infortunio esquivo
Robarán este amor inmenso y puro
A quien en tanto amor vive cautivo.
Para no amarte, niña encantadora,
No haberte visto necesario fuera,
Ni á quererte alcanzara más que ahora,
Cien y cien veces que á nacer volviera.

EN EL ÁLBUM

DE LA SEÑORA MARQUESA DE CASA TORRES.

Si tienes el corazon
Tan bello como la cara,
Y cual las gracias del cuerpo
Son los donaires del alma;
Si de esos tus claros ojos
La penetrante mirada,
Tu inteligencia revela
Y tus virtudes proclama;
Si todo aquel que ha gozado
Tu amistad discreta y franca,
Tiene por ventura insigne
Merecerla y cultivarla,
¿Qué pudiera yo contarte,
Ni decir en tu alabanza,

Que de tí no fuera indigno
Por mucho que lo esforzara?
Dichoso el primer instante
En que á verte, alborozadas,
Bajaron las frescas brisas
De los montes de Navarra;
Dichosa la tierra aquella
De ilustres varones patria,
Cuna de reyes famosos,
Templo de heróicas hazañas;
Dichosas, en fin, mil veces
De Pamplona las murallas,
Que en su recinto guardaron
Tanto ingenio y tanta gracia.
Nunca orgullosa palmera
De los desiertos de Arabia,
Dió tan regalado fruto
Como tu fácil palabra;
Ni pintó fuente serena,
Que entre flores se desata,
Tan noble y gentil persona
En sus clarísimas aguas.
Señora de ojos azules
Como los cielos de España;
Tesoro de ricas dotes;
Modelo de prendas raras:
Jamás huracan sañudo
Agite sus negras alas
En el verjel donde arraiguen
Las flores de tu esperanza;

Y en tanto vives y alientas
En este valle de lágrimas,
Do quiera tiendas la vista,
Do quiera fijes la planta,
Dios te dé más bendiciones,
Y más bienes en tí caigan,
Que hechizos tiene y encantos
La sonrisa de tu Blanca.

A LA LUZ DEL CREPÚSCULO.

Cuando el postrero
Fulgor del dia
Tiñe las nubes
De oro y carmin,
Y poco á poco
La noche umbría
Viene mostrando
Luces sin fin,
De la belleza
Que me enamora,
Mis pensamientos
Volando en pos,
Inquietos miran
Venir la hora
En que solemos
Hablar los dos.

¡Ay, cuántas veces,
Angel querido,
Tu dulce imágen
En sueños ví;
Cuántas y cuántas
Me he sorprendido
Sin yo saberlo
Pensando en tí!
En todos lados,
A todo instante,
Conforme el tiempo
Corre veloz,
Tu noble rostro
Miro delante;
Vibra en el alma
Tu dulce voz.
Sin duda, oh niña,
Nos encontramos
Para querernos
Hasta morir;
Y ambos unidos
Al par cruzamos
El mar inmenso
Del porvenir.
Tú eres el puro
Casto lucero,
Que sobre el polo
Muestra la faz;
Yo la inflexible
Barra de acero,

Que al Norte siempre
Miró tenaz.
Tú eres arroyo
Que cristalino,
De entre las peñas
Limpio brotó;
Yo el fatigado
Buen peregrino,
Que en sus raudales
La sed templó.
Si las riquezas
De amor prefieres,
Y sus dulzuras
Busca tu afan,
Por la más rica
De las mujeres
De fijo todas
Te envidiarán.
Mejor que minas
De plata y oro,
Que mal responden
Á mi pasion,
Para tí sola
Guarda un tesoro
De amor inmenso
Mi corazon.
Alma bendita,
Que dentro encierra
Las ilusiones
Que yo soñé:

Tú eres el cielo,
Yo soy la tierra,
Tú la esperanza,
Yo soy la fé.
Para tí sola,
Gentil criatura,
Para tí sola
Conservo yo
Tanto cariño,
Tanta ternura,
Cual ningun hombre
Jamás sintió.
Quiera la noche
Manso beleño
En tus rasgados
Ojos verter;
Quiera en los brazos
De alegre sueño,
Con el descanso
Darte el placer.
Y cuando esquive
La paz tranquila
Del blando lecho
Tu despertar,
Si en la vidriera,
Que leve oscila,
Tímidamente
Sientes llamar,
No te imagines
Tales lamentos,

Ecos del aura
Que gime allí:
Son, niña hermosa,
Mis pensamientos,
Que madrugaron
Por verte á tí.

EL ESTÍO.

Á MI SOBRINA

CÁRMEN QUINDÓS Y VILLAROEL.

Huyó la primavera; de Mayo delicioso
Los últimos suspiros el céfiro exhaló;
Las horas de la siesta convidan al reposo;
El tiempo del descanso, magnífico llegó.
Huyamos á otra parte, dejemos el bullicio
Y el aire opaco y denso que abruma la ciudad;
Los campos nos ofrecen asilo más propicio,
Donde encontrar podemos holgura y libertad.
Tus libros, sin pesares ni escrúpulos desdeña,
Que en vano ahora quisieran tu mente divertir;
Allí leerás en uno que mil cosas enseña
Cual nunca las pudieran los hombres concebir.

Con bellos caractéres sus páginas benditas
La sábia omnipotencia por sí misma llenó;
Contienen sus renglones verdades infinitas
Que aclaman la grandeza de aquel que las dictó.
Allí es más puro el cielo, más puras las estrellas,
Mayores horizontes preséntanse do quier;
Las tardes son más claras, las noches son mas bellas,
La holganza es el fastidio, la vida es el placer.
Sin miedos ni cuidados que turben tu alegría,
Gustando á cada instante gratísima emocion,
En el trascurso breve de presuroso dia
Palpitará mil veces tu vírgen corazon.
Cuantos rumores vagos arrullan los oidos,
Cuanto la vista puede sin pena distinguir,
Son cánticos que saben, con mágicos sonidos,
De suma inteligencia la excelsitud decir.
Si en lunas venecianas el cándido reflejo
De tu apacible rostro anhelas ver quizá,
Cada sonora fuente te mentirá un espejo,
Cada dormido lago tus ojos copiará.
Y al espirar la tarde, pintando en Occidente
Mil varios tornasoles de nácar y arrebol,
Tendrás, niña querida, para adornar tu frente,
Los postrimeros rayos del moribundo sol.
Allí nada se encuentra, allí no se vé nada
Que deje de ofrecerle al ánimo interés,
Desde el azul que viste la bóveda estrellada,
Hasta el menudo polvo que huellas con los piés.
De arroyos cristalinos en el parlero acento,
De bulliciosas brisas en el amable son,

Hallar sabrá constante tu noble pensamiento
Inagotable gérmen de dulce inspiracion.
En medio de los prados espléndidos y amenos,
Que ostentan siempre alegres perpétua juventud,
Los corazones, todos, aprenden á ser buenos,
Detéstanse los vicios, se adora la virtud.
Del tardo buey al paso, que marcha indiferente,
El labrador trabaja con incansable afan;
Y al dar sudor al suelo, de su cansada frente,
La tierra agradecida se lo devuelve en pan.
Trepando va la hiedra del monte por la falda;
La vid cubre los troncos de espléndido verdor;
Sacude el pino al aire su cima de esmeralda;
Las tórtolas arrullan y canta el ruiseñor.
Repite sus balidos el corderillo errante;
Suspira mil perfumes simbólico azahar,
Y al pasajero soplo de céfiro inconstante
Ondulan las espigas como revuelto mar.
Por áspero sendero pausadamente chilla
Carreta que transporta los haces en monton;
Escúchanse los ecos lejanos de la trilla,
Que forman en las eras alegre confusion.
Dobléganse las cañas al soplo de la brisa
Que toma de las cumbres frescor primaveral,
Y salta el arroyuelo con plácida sonrisa
Rompiéndose en aljófar su líquido cristal.
Si nube de tormenta, que avanza desbordada,
Al ánimo cobarde causárate pavor,
Asilo encontraremos, seguro, en la morada
Donde los hijos duermen del pobre segador.

Y al despuntar el alba, al sol del medio dia,
Los lindes del ocaso la tarde al trasponer,
Respirarás ambientes de inmensa poesía,
Inacabables áuras de amor y de placer.
Corramos á los campos, y libres de la nimia
Y frívola costumbre que impera en la ciudad,
Hasta que llegue el tiempo feliz de la vendimia
Gocemos con deleite de holgura y libertad.
Y luégo, cuando vuelvan de invierno triste y frio
Las brumas y las nieblas los aires á invadir,
Podrás con los recuerdos hermosos del estío
De sus pesadas noches las horas divertir.

CANCION.

Dulcísima señora,
De mi querer y mi albedrío dueña,
Para el que fiel te adora
Mas grata y halagüeña
Que la ilusion con que la mente sueña:
Jamás en el estío,
Del pobre labrador fué tan amada,
Cual tú del pecho mio,
La espiga sazonada
Por el ardor canicular dorada;
Ni pareció tan bella
En la borrasca, al navegante osado,
Clara y fúlgida estrella
Que al puerto suspirado
Enderezara el rumbo extraviado.

Mi corazon prendiste
Con la llama de inmensa simpatía;
Por eso, aunque ando triste,
Al verte, oh vida mia,
Me sobrecoge súbita alegría.
Hermosa eres, hermosa,
Como palma gentil en el desierto,
Como fragante rosa
Que en el florido huerto
Mece al pasar el airecillo incierto.
De nieve y alelíes
En tu rostro sin par las tintas miro;
Tus labios son rubíes;
Es ámbar tu suspiro,
Y tus ojos afrenta del zafiro.
Luces no tiene el cielo
Cual tu mirada limpias y serenas,
Y el polvo que en el suelo
Vas levantando apenas,
Es gérmen de amapolas y azucenas.
Vuélveme ya, querida,
Vuélveme el corazon que me has robado,
O quítame la vida
Y acabe mi cuidado,
Que es grave mal estar enamorado.
¡Cuán tímido y medroso
Gime el céfiro errante en la cañada!
Así, tierno y gracioso,
Al alma enamorada
Es el acento de la voz amada.

Ardan en fieras guerras
Y en pos caminen del odioso Marte,
Los que ambicionan tierras,
Llevando su estandarte
De una parte del mundo á la otra parte.
A mí para mi gloria
Me basta de tu amor con la ternura;
Que no mayor victoria
Mi corazon procura,
Ni jamás alcanzó tanta ventura.
Pensando en tu cariño
Todo mi sér se turba y enajena,
Y tiemblo como un niño
Cuando tu voz serena
De inexplicable júbilo me llena.
Castísima paloma
En cuyo seno la inocencia anida,
Flor de inmortal aroma,
Perla del mar venida
Y entre conchas y nácares nacida.
¡Ay! ¿quién podrá mirarte
Y afrontar de tus ojos los destellos?
¿Quién logrará encontrarte,
Que al ver tus rizos bellos
No deje el alma aprisionada en ellos?
Tu amor es mi existencia,
Porque en él se sostiene mi esperanza;
Y atérrame la ausencia
Si el pensamiento alcanza
A suponer en tí duda ó mudanza.

Mas no grave y severo
Me tornes, ángel mio, el rostro hermoso,
Que es amor verdadero,
Cual niño caprichoso,
De suyo suspicaz y receloso.
Huyan, sí, confundidos,
Presentimientos de imposibles males,
Y hieran mis oidos
Los ecos virginales
Y el dulzor de tus frases celestiales.
¡Ay, tú no sabes cuánto
El dulce afan con que te adoro crece,
Ni cómo en fuego santo
Mi pecho se estremece,
Y de placer y dicha desfallece!
Buscaban las ovejas
La grata sombra del ameno prado,
Y al escuchar mis quejas,
Con paso sosegado
Poco á poco vinieron á mi lado.
Ven tú tambien; entremos
Los dos en mi cabaña campesina,
Y allí discurriremos
En charla peregrina,
Como tan sólo amor se la imagina.
Que á mí para mi gloria,
De tu pasion me basta la ternura;
Pues no mayor victoria
Mi corazon procura,
Ni jamás alcanzó tanta ventura.

LA VUELTA DEL CABALLERO.

Por la vereda que hácia el castillo
Salva los riesgos de hondo barranco,
Viene á lo léjos noble caudillo
Armado todo de punta en blanco.
De orgullo henchidos los corazones,
Forman su escolta cien caballeros;
Detrás caminan muchos peones;
Vienen delante los prisioneros.
Es el que un dia tras otro dia,
Llena de miedo, lloré en la guerra;
Es el esposo del alma mia,
Que al fin triunfante volvió á su tierra.
Le reconozco por lo arrogante
Que al frente marcha de su mesnada;
Por lo gallardo de su talante;
Por el penacho de su celada.

No hay en el mundo dos infanzones
Que compararse con él merezcan;
No hay adalides ni campeones
Que por su arrojo se le parezcan.
Siempre que osado salió á campaña,
De tales prendas mostró tesoros,
Que, entusiasmados por tanta hazaña,
Batieron palmas los mismos moros.
Disimulando su inútil ira,
Fieros muslimes le obsequian finos;
Cuando él descansa, Murcia respira;
Temen su enojo los granadinos.
Si fuerte lanza blande sañudo,
Alarde haciendo de su bravura,
Contra su brazo no hay fuerte escudo,
Templado peto, ni malla dura.
Cuando el rey santo ganó á Sevilla,
Tiñendo en sangre mar de esmeralda,
Él fué el primero que de Castilla
Clavó pendones en la Giralda.
Y en aquel dia gentes sin cuento,
Que de su rabia fueron testigos,
Diz que cual parva que lleva el viento
Iban delante sus enemigos.
Más de tres lunas há que recorre
Con sus jinetes la Andalucía;
Yo á despedirlos subí á esta torre,
Mal dominando la angustia mia.
Cuando á lo léjos desparecieron,
Quedéme sola junto á una almena;

Segun afirman los que me vieron,
Lloraba tanto, que daba pena.
Mas hoy al cabo torna á mis brazos
De verde lauro la sien orlada;
Hoy sin más treguas ni nuevos plazos,
Al frente vuelve de su mesnada.
Vengan juglares y trovadores
Que el valor canten del gran guerrero;
Tocad trompetas, batid tambores,
Llegó triunfante mi caballero.
Ricos tapices y alfombras bellas,
De los festines cubran la sala;
Vistan mis pajes y mis doncellas
Sus más lucidos trajes de gala.
Duelo en el alma ninguno esconda,
Y hasta que limpio luzca otro dia,
Todos unidos á la redonda
Vaciad la copa de la alegría.
Ya á ver alcanzo toda empolvada,
Sujeta á un lado con nudo estrecho,
La rica banda por mí bordada
Que siempre lleva sobre su pecho.
En sus amores el alma puesta,
De dos en fondo formando calle,
A trote largo sube la cuesta
Que hace el camino, dejando el valle.
Ya del castillo, con los mejores,
Llegó á las puertas el gran guerrero;
Tocad trompetas, batid tambores,
Volvió triunfante mi caballero.

LA TORRE DE LA IGLESIA.

Cuando la lumbre solar
Se apaga en el Occidente,
Y sólo llena el ambiente
Vaga luz crepuscular;
En esas horas de calma
Llenas de quietud bendita,
En que con fuerza palpita
La casta vida del alma;
Cuando en silencio sumidos
Sólo espíritu alentamos,
Y cual nunca recordamos
A los muertos y á los idos;
¡Cómo de léjos recrea
Mi corazon solitario,
La vista del campanario
De la iglesia de la aldea!

Que en lenguas de bronce vivas,
Con voz que vibrante clama,
Por la hendidura nos llama
De las góticas ojivas.
Imposible medir es
Cuánto la mente recorre,
Siempre que mira una torre,
Siempre que mira un ciprés.
Todo aquello que se lanza
Entre la tierra y el cielo,
Paréceme acá en el suelo
Imágen de la esperanza;
Y entónces todas las mias
Se vuelven de nuevo á alzar,
Y van mi pecho á llenar
De ignoradas alegrías.
De esa mole de granito
Que entre todo sobrepuja
Y audaz proyecta su aguja
Sobre el azul infinito,
Por las delgadas labores,
Los remates afilados
Que parecen fabricados
De sombras y de vapores,
Tan clara la luz anida,
Tan limpio el aire se mece,
Que un espíritu parece
Con pensamiento y con vida.
Bien haya el que levantó
Su cúspide á tal altura,

Y aquel que la piedra dura
Con hábil mano talló.
De las montañas vecinas
Huyendo los aquilones,
Anidan en sus rincones
Palomas y golondrinas;
En rafaga turbulenta,
Formando pardos doseles,
Sacude sus capiteles
El soplo de la tormenta;
Y al rozarla de soslayo,
Entreabriendo el hondo seno,
Revienta sobre ella el trueno,
Corona su cima el rayo.
Imágen dulce y cabal
De la voluntad honrada,
Contra quien no pueden nada
Las iras del vendaval,
Y á cuya sombra, sin penas
Ni vicios que las aflijan,
Se amparan y se cobijan
Las almas santas y buenas.
Quédate á Dios, bella torre,
Y jamás olvido frio,
Penetrando el pecho mio,
Tu grato recuerdo borre.
Quédate á Dios, siempre siendo
Ejemplo á la humanidad
Del fervor y la piedad
Que todos vamos perdiendo.

De arquitectónica ciencia
No sólo al mundo eres pasmo;
Te levantó el entusiasmo,
Te olvida la indiferencia;
Que hoy, del siglo en los azares,
Los hombres van con estruendo
Olvidando y destruyendo
Las torres y los altares.
Yo no; colmado con creces
Viera un inmenso placer,
Si te pudiera volver
A contemplar muchas veces.
Siempre que las fuerzas mias
Desfallecidas faltaron,
En una torre encontraron
Esperanzas y alegrías;
Ya cuando buscando incierto
En las borrascas abrigo,
Marcábame faro amigo
La dulce senda del puerto;
Ya cuando oyendo lejanas
Tus campanas musicales,
Iba olvidando mis males
Al eco de tus campanas...
Y cuando, pálido y yerto,
Los vivos tumba me den,
En una torre tambien
Por mí doblarán á muerto.

UN MENSAJE.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA DOÑA FERNANDA DE BERRAMENDI.

Gilguerillo de pico parlero,
Que alegre y ligero
Tus plumas ostentas de vario color,
Vuela, vuela, y si ves á la bella
Divina doncella
Que adoro, le dices que muero de amor.
Le dirás que sin ella penando
Me paso llorando
La vida, y quisiera mil veces morir;

Le dirás que sin ella es un yerto
Estéril desierto
El mundo que mira mi amargo gemir.
Que sin ella la lumbre del dia
Es noche sombría,
Y falta á la tarde su hermoso arrebol;
Que sin ella la luz de la luna
Es lumbre importuna,
Y pálidos nacen los rayos del sol.
Que sin ella carecen las flores
De aroma y colores
Que un punto distraigan mi duelo y mi afan;
Que sin ella cascadas y fuentes
Son turbios torrentes
Que siembran tristezas do quiera que van.
Dijo, y triste profundo gemido,
En son dolorido,
Ligero en los aires el eco llevó;
Y escuchando tan tiernos amores,
Temblaron las flores,
Callaron las auras, el ave gimió.

UN VIAJE.

ORIGINAL DE MR. MERY.

TRADUCCION

DEDICADA Á LA SEÑORA MARQUESA DE CASA TORRES.

Los varios pasajeros que sobre frágil nave
Un mundo y otro mundo se aprestan á cruzar,
De la amistad se ligan con vínculo suave
Cual si la suerte nunca los fuera á separar.
Flotantes soledades, inmensos oceanos,
Incertidumbres fieras que guarda el porvenir,
Oblíganles á verse tan sólo como hermanos
Y arteras disensiones triunfantes combatir.
Así diversas gentes unidas y agrupadas
Ante los mil peligros que fueron y serán,
Asidos de la mano, las almas enlazadas,
Formando una familia, por donde quiera van.

Cubierta de viajeros, siguiendo rumbo incierto,
Flotante en el espacio la tierra es un bajel,
Sin que ninguno pueda saber cuál será el puerto,
La hospitalaria costa que le reciba fiel.
Allí nadie conoce qué playas celestiales
Para su débil nave la esfera poblarán,
Qué mundo inesperado, qué orillas infernales,
Qué tierras ignoradas de pronto surgirán.
Y en vez de hacer en calma tan áspero camino,
Prudentes en la dicha y en paz ante el dolor,
Para aguardar, serenos, arcanos que el destino
Resérvales cubiertos de velo engañador,
Por el rencor opresos, de cólera cegados,
Bajo el menor motivo desgarran sin piedad
De fraternal afecto los vínculos sagrados,
Los pactos que solemnes firmara la amistad.
Y cual si al fin la muerte que en torno de ellos zumba,
Su poderoso auxilio pidiérales tal vez
Para nutrir la yerba, que en torno de la tumba,
El suelo estéril viste de horror y lobreguez,
Cansados peregrinos en cuyo pecho alientan
Pasiones insensatas de instinto destructor,
En batallar eterno de sangre se alimentan,
Y en luchas fratricidas malgastan su valor.

ELEGÍA.

INSPIRADA POR LA MUERTE DE MAXIMILIANO,

EMPERADOR DE MÉJICO.

Bien puedes, alma mia,
Velando tu alegría,
En silencio gemir con los que gimen,
Y al par horrorizada
Execrar indignada
La torpe accion de abominable crímen.
Cayó el varon augusto,
Cayó el príncipe justo,
Por inícua traicion al fin vencido,
Y con fiera pujanza
Sació en él su venganza
El vencedor soberbio y engreido.

Que ni áun le fuera dado
Cual noble y cual soldado
Morir luchando en el combate duro,
Y, ejemplo de su raza,
De la sitiada plaza
Quedar inerte sobre el roto muro.
No há mucho que de Europa,
En la gallarda popa
De velero bajel armipotente,
En paz se despedia
Y el rumbo dirigia
A las remotas playas de Occidente.
Que allá en lejana zona,
De espléndida corona
Le prometieron la grandeza suma;
Mas no poder soñaba,
No riquezas buscaba
En la patria infeliz de Motezuma.
De un pueblo desdichado,
Con paternal cuidado
Vida infundir al extinguido brío,
Y sin afan ni encono,
Dejarle en prenda un trono,
Emblema de su nuevo poderío.
Tal fué el sublime intento
Que, con bizarro aliento,
Se propuso en su pecho valeroso;
¡Víctima desgraciada,
En aras inmolada
De un pensamiento grande y generoso!

El águila del Sena
Que en torno de él serena
Batiera un tiempo el indomable vuelo,
Ante el contrario bando
La cabeza bajando,
Desamparóle en extranjero suelo.
El dolo y la falsía,
La vil hipocresía
Y la traicion, juntáronse en su daño;
Y para aquel que sólo
Siguió de honor el polo,
Es agudo puñal el desengaño.
Cayó y con él cayeron
Los que á su lado fueron
De lealtad modelo y de constancia,
Y otros hombres se alzaron
Apenas se ausentaron
Las humilladas huestes de la Francia.
¡Cuánto de llanto y luto
Ofrece por tributo
Méjico triste, abandonada y sola;
Y cuánta horrible afrenta
Ha de llorar quien sienta
En las venas hervir sangre española!
El indio tosco y feo
Lanzó atroz clamoreo
Que de un mar á otro mar furioso zumba,
Y á sus piés impotente
Cayó la noble gente
Vencedora en Tlascala y en Otumba.

Mas no porque orgulloso
El roble poderoso
La furia burle de huracan sañudo,
Podrá en supremo instante
Resistir arrogante
A la segur del leñador forzudo.
Cuando el bando altanero
Ceda al destino fiero,
En mil parcialidades dividido,
Vendrá otra raza fiera
Que ya en acecho espera,
Como lobo á la presa apercibido;
Y el nauta que hácia el puerto
Dirija el rumbo cierto,
Abandonando audaz playas distantes,
Pondrá vana porfía
En encontrar la imágen de María
Y en escuchar la lengua de Cervántes.

AL SOLITARIO.

A tus soledades voy,
De mis soledades vengo,
Porque soledades tuyas
Cautivan mis pensamientos.
No sé qué tienen tus frases,
No sé qué tienen tus versos,
Que agradan á los indoctos
Y placen á los discretos.
Virtud y filosofía
Resplandecen en tu ingenio;
Para encontrar lo segundo,
Hay que buscar lo primero.
Muchos hay que nacen sabios,
Porque así lo dicen ellos;
Y con tanto como saben,

Ignoran los Mandamientos.
La impiedad no es cosa nueva;
El error es vicio añejo;
La ignorancia y la mentira
Son achaques de los tiempos.
Y en esta lucha incesante
De pasiones y de afectos,
El cálculo va ganando
Y el espíritu perdiendo.
Si áun el mundo no está loco,
De fijo no va muy cuerdo,
Cuando á la materia cede
Lo que niega al sentimiento.
Tú, conociendo á los vivos,
Envidiabas á los muertos;
Yo envidio á quien los envidia,
Y á mi experiencia me atengo.
Cuando infortunios llorabas
De aquel insigne barquero
Que vió su nave perdida
Sin jarcia, vela ni remo,
No pensabas, de seguro,
Que naufragios tan horrendos
Pudiesen mirar los hombres,
Impávidos y serenos.
Hoy borrascas y huracanes
A ninguno infunden miedo,
Que poco importan las almas
Con tal que floten los cuerpos.
Como al cabo la conciencia

Es cosa de poco peso,
Mucho mejor que á lo antiguo
Es vivir á lo moderno.
Ya no hay en Flandes campañas,
Ni guerras con agarenos;
No hay gallardos trovadores,
Ni hay andantes caballeros;
No se deshacen agravios;
No se enderezan entuertos;
No se lucha con gigantes,
Ni malandrines soberbios;
Pero ambicion y codicia
A manejar aprendieron
La mentira y la calumnia,
Que dan golpes muy certeros.
¡Cómo cambian las costumbres,
Cuál se mudan los imperios,
Cuál se corrompen las gentes,
Cuál se envilecen los pueblos!
La verdad está en un pozo,
Dijo un filósofo griego,
Que por no morir llorando
Pasó la vida riendo.
Acaso el por qué adivino
De odiarla los embusteros;
Desnuda se la encontraron,
Y la esquivan por honestos.
Que siempre la hipocresía
Fué á otros pecados siguiendo,
Porque al fin todos los vicios

Son como hermanos gemelos.
Yo, la tormenta esquivando,
Desde la playa contemplo
Cómo se encrespan las olas,
Cuál ruge aquilon soberbio.
Son la quietud y el reposo
Mi natural elemento;
La esperanza es quien me lleva,
Es la fé mi único puerto.
Sé que en la tierra se busca
El oro á fuerza de hierro,
Y quien desciende á encontrarlo
Se va alejando del cielo.
Por eso en mi medianía
Vivir oscuro pretendo,
Sin que me cansen los tontos
Ni me persigan los necios.
Y así, con esto que digo
Y algo que paso en silencio,
A tus soledades voy,
De mis soledades vengo.

LOS ÚLTIMOS VERSOS.

Si tu nombre, oh musa mia,
Va estas páginas guardando
En la primera,
No de mí digna seria,
Tu memoria desdeñando
La postrera.
Tú que vas siempre conmigo,
Tú en quien jamás veleidoso
Amor se muda,
Otra vez oye á un amigo,
Que de nuevo cariñoso
Te saluda.
Alma buena entre las buenas,
Corazon limpio y exento
De temores,

En tí acaban negras penas,
En tí viven el contento
Y los amores.
Tan dulces como á tu amante
Las caricias de tus mimos
Regalados,
No son al árabe errante
De la palma los racimos
Apiñados.
Jamás hubo humana hechura
Que contigo seductora
Compitiera,
Ni es cual tú radiante y pura,
La estrellita, de la aurora
Mensajera.
Sin tu amor mi pensamiento
Se mostrara siempre esquivo
A la alegría;
Porque yo sin tí no aliento,
Porque yo sin tí no vivo,
Musa mia.
Nunca pudo darme enojos
Que tu rostro peregrino
Se escondiera;
Pues yo con cerrar los ojos,
Te presiento y te adivino
Por do quiera.
En mis dulces ilusiones,
Tus rasgos se me presentan
Halagüeños,

Como esas raras visiones,
Que van, vienen y se ausentan
Entre sueños.
Y con fé que triunfo augura,
En tu amor y tus favores
Confiando,
Nave soy, firme y segura,
Que huracanes bramadores
Va burlando.
Vivir para no adorarte;
Despreciar tu deliciosa
Compañía;
Conocerte y olvidarte,
No fuera posible cosa,
Musa mia.
Recibe, pues, el tributo
Que te ofrece, de ternura
Verdadera,
Quien llevara eterno luto,
Si por atroz desventura
Te perdiera.
Tuyo es lo que á mi cariño,
Por mejor y más hermoso
Se le alcanza:
Las impresiones de niño,
Del bien tras que voy ansioso,
La esperanza.
Ajeno á toda grandeza,
De mi buena ó mala suerte
Por desvío,

Yo no tengo en mi pobreza,
Yo no tengo que ofrecerte
Nada mio.
Tuyas son, musa querida,
Porque allí tu genio imprimes,
Mis canciones;
De mi sér y de mi vida,
Las mas santas y sublimes
Emociones.
Con la fé de un pecho hidalgo,
No con frase lisonjera,
Yo te arguyo;
Cuanto puedo y cuanto valgo,
Cuanto he sido y ser pudiera,
Todo es tuyo.
Dame en cambio que contento
Goce siempre de tu amante
Compañía;
No me dejes un momento,
No me olvides un instante,
Musa mia.

ÍNDICE.

	Págs.
La primera página	7
Serenata	11
El Invierno	14
A un pensamiento	18
Despues de una nevada	21
A una nube	24
En un álbum	27
Expiacion	30
A Cervántes	35
El castillo de Pau	41
Soneto	44
A un arroyo	45
En el álbum de la señorita D.ª María Antonia Ossorio	49
Ruinas	51
A la señorita D.ª María Segunda Eulate	55
A	58
La limosna	63
Las campanas	66
A	67
Oriental	71

Págs.

A la victoria del Callao..... 75
A la señorita D.ª María Cristina Muñoz y Remisa..... 80
A Pio IX..... 82
A una flor marchita..... 83
A la Vírgen..... 87
A D. Francisco J. de Salas..... 92
El motin..... 93
A una nave..... 96
Ausencias..... 98
La Sabiduría..... 104
El sueño de un loco..... 108
La cascada..... 113
A la señorita D.ª Pilar Elío..... 116
A..... 119
En el álbum de la señora marquesa de Casa Torres..... 123
A la luz del crepúsculo..... 126
El Estío..... 131
Cancion..... 135
La vuelta del caballero..... 139
La torre de la iglesia..... 142
Un mensaje..... 146
Un viaje..... 148
Elegía..... 150
El Solitario..... 154
Los últimos versos..... 158